



SANTA TERESA DE JESUS

JOSE M^A SALAVERRIA



· Echea · 1923 ·



LIBRERIA y EDITORIAL RIVADENEYRA

SANTA TERESA DE JESUS



JOSE M.^a SALAVERRIA

SANTA TERESA DE JESUS

LA INFANCIA DE TERESA : LA MU-
JER : LA ESCRITORA : LA SANTA

SEGUNDA EDITION

SANTA TERESA DE JESÚS



LIBRERIA Y EDITORIAL BIVALENTE
Avenida de Colón de Palencia, 8
MADRID

SANTA TERESA DE JESÚS

JOSE M.^A SALAVERRIA

SANTA TERESA DE JESUS

LA INFANCIA DE TERESA : LA MU-
JER : LA ESCRITORA : LA SANTA

(SEGUNDA EDICION)



LIBRERIA Y EDITORIAL RIVADENEYRA
AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 8.
M A D R I D

JOSE M. SALAVERRIA

SANTA TERESA
DE JESUS

LA INFANCIA DE TERESA : LA MU-
JER : LA ESCRITORA : LA SANTA

Es propiedad.

Reservados todos los dere-
chos.



PRIMERA PARTE
LA INFANCIA DE TERESA

Entre todas las ciudades recordadas hay una especialmente profunda y perennada. Ta

SAINTA TERESA
DE LISIENS

PRIMERA PARTE
LA INFANCIA DE TERESA

Avila. Guarda el espíritu de una persona tan elevada, y lo conserva tan bien, tan ineluctablemente, que al perderse la ciudad se le res-taña al mundo el más noble perfume, temiendo que la fortuna decidiera nunca otorgarnos. Es un imponderable gusto el que nos brindan

I LA INFANCIA DE TERESA

LAS ciudades antiguas que han absorbido en algún momento de la Historia las mejores esencias de la civilización, son arcas olorosas que un hombre sensible no se atreve a tocar apenas, de miedo de que se malogren aquellos perfumes que hay guardados en su seno. Al penetrar en su recinto nos figuramos que la misma atmósfera está embargada de hálitos añejos, y que los rumores y las palabras de otras edades no se aventaron, sino que permanecen en los pliegues del aire o asidos a las piedras; y que las personas antiguas tienen actualmente alguna especie de vida y que habitan de veras las calles memorables.

Entre todas las ciudades recordatorias hay una especialmente profunda y perfumada. Es

Avila. Guarda el espíritu de una persona tan elevada, y lo conserva tan bien, tan inefablemente santo, que al perderse la ciudad se le restaría al mundo el más noble perfume femenino que la fortuna decidió nunca otorgarnos.

Es un imponderable gusto el que nos brindan esos sitios insignes, que vivieron tanto y con tan cierta eficacia. La historia adquiere allí un redoblado valor, no como en las páginas de los libros, sino con la virtud de las cosas vivas y veraces. Nos sentimos contemporáneos del pasado. Vemos reaparecer las personas con los propios trajes y gestos que usaron otrora, y los sujetos de la modernidad que se inmiscuyen por medio, como el hilo telegráfico o la bocina de un casual automóvil, carecen de fuerza para hacer fracasar la ilusión de lo antiguo que tan profundamente nos embarga.

En Avila es como en ninguna parte posible esta manera de introspección histórica y este sumergimiento en el espíritu del pasado. Las cosas se ven preparadas como por un sagaz escenógrafo para los más íntimos efectos, desde las murallas caballerescas e impresionantes con sus recias torres, hasta los callejones torcidos y so-

litarios en que se señala el portón de una casa abo- lenga o el muro de un huerto conventual; pero todo asistido por una autenticidad de aire, de tono, de alma, que nos transporta sin esfuerzo al siglo por nosotros estimado.

Al decir Avila nombramos ya a Santa Teresa; la ciudad y su personaje se han fundido al último y es imposible desunirlos, como si Avila no hu- biese tenido otro objeto que producir a Teresa de Jesús.

En Avila, pues, percibimos el vuelo de lo inefable tan pronto como apartamos la vista de los someros materiales de modernidad que en ella existen. Campanarios, torreones, casas abo- lengas y plazuelas solitarias, todo en la ciudad parece estar positivamente ensimismado dentro de un ensueño, y este ensueño no puede decir- se con otro nombre que el de religioso.

Es verdad que existen las murallas, y, sobre todo, los incomparables torreones. Pero esas muestras marciales, ¿acaso roban virtud al efec- to religioso? Nada tan noble como su apostura, nada tan caballeresco y medioeval, tan cristia- no. No son murallas y torres erigidas con un fin prácticamente guerrero, en el sentido que la

guerra tiene de agresión cruel y de rapacidad codiciosa. No están hechas para las pasiones del hombre, sino para servir al Cielo. Se levantaron contra los enemigos de Dios y para cerrar las puertas a las invasiones mahometanas. Son murallas y torres a estilo bíblico, como las de Sión. Torreones como caballeros Cruzados. Guerreros de piedra que sirven bajo los estandartes del Señor. Nobles también ellas, las murallas y las torres, en la ciudad que tuvo diferentes nombres y todos nobiliarios: Avila del Rey; Avila de los Leales; Avila de los Caballeros.

Son tantas las torres, tan ingentes, que terminan por obsesionarnos. Las vemos levantarse en la alta colina y sobresalir por todas partes. Están dondequiera, y verdaderamente son las personas esenciales de la ciudad y el sujeto único, protagonista del panorama.

Son personas, en efecto, y no meras aglomeraciones de granito. Personas investidas de un alma, de un carácter, que a los cambios de luz y de hora se transforman con una fina y vaga sensibilidad. Personajes tácitos, puestos en fila sobre la muralla, como una tropa de soldados que ha distribuido tácticamente el capitán. Por

SANTA TERESA DE JESUS

encima de todos, la torre de la catedral es el guerrero más alto, el más vigilante y pensativo...

Nunca olvidaré la tarde de Abril, fervorosa como un himno, en el que el espíritu de la ciudad de Avila se introdujo en mi ser y lo llenó todo, por gracia y milagro de aquel crepúsculo inefable. Era en el claustro de San Vicente, adonde había acudido a sentarme, y la sensación de reposo físico se corroboró con la sensación de augusta calma moral.

Si siempre escoge el crepúsculo las galas más conmovedoras, en aquella soledad y prominencia de Avila tenía la hora transcendente una hondura decisiva. El aire fino de Abril pasaba ligero, purificando la atmósfera hasta hacerla divinamente clara e ideal. Sentíase la impresión de las grandes altiplanicies, y sin necesidad de consultar los manuales geográficos se conocía de cierto la extraordinaria altitud del país sobre el nivel del mar. La paz y el silencio convertían el vetusto claustro de San Vicente en una cosa sensible, capaz de recibir y comprender las voces, las sugericiones más vagas. La Catedral, allí enfrente, enviaba al cielo su almenada torre.

De pronto rompió el silencio una voz, una campana, y fué como si el aire calmo se quebrase materialmente. ¿De qué substancias raras, y con qué arte difícil o misterioso puede labrarse una campana que llegue a poder sonar así, tan ceteramente dirigida al fondo en que duermen nuestras emociones más íntimas?

Tenía aquella voz un timbre atiplado, y era casta como un rezo monjil. Era de veras una palabra partida en dos notas, cortada en dos sílabas que repetíanse monótonamente y con segura rapidez, igual que una plegaria simple. Bajo el cielo purísimo, apenas cruzado por unas nubecillas blancas, en la colina llena de torreonnes, ¡qué profunda sonaba la voz de aquel bronce místico! Parecía salir del fondo del tiempo, idéntica a sí misma desde los siglos remotos, sin cambio ni interrupción en medio de las convulsiones históricas. Como quien acertó con la verdad, *su verdad*, y no quiere saber ya nada, porque el resto es vanidad y quimera.

Después se oyó, a la manera de un bordón ritual, otra campana gruesa y jadeante, seguida de otras más tenues. Callaron todas. La plegaria de los bronces había concluído. El silencio cre-

puscular quedó entonces como atravesado por la indefinible zozobra religiosa.

Y entonces, al levantarme para seguir mi paseo, vi que las torres de la muralla adquirían un positivo aire de personas que están contemplando algo prodigioso y antiguo en el pálido cielo. Sugestionado por la expresión ensimismada de las torres, pasé a lo largo de la cintura murada y pronto alcancé el paseo de ronda, en forma de balcón, que da sobre el valle y el río.

Una luna amarillenta subía del seno de las montañas, mientras la vaga tonalidad del último claror del día empañaba melancólicamente el espacio. Brillaba como plata el Adaja. El abierto y liso valle verdeaba con un verde más tierno y primaveral que en pleno día, por virtud de la luz fina y tenue y melancólica del crepúsculo. Lejos, cerrando el horizonte, la sierra era un ampo de incomparable blancura.

Entonces, en fila sobre la muralla, los torreones estaban indudablemente presenciando, sin abandonar la guardia, esa función sublime que hacían en el profundo silencio de la prima noche la luna, el río, la sierra, el religioso aire de Avila.

Y al avanzar por la cornisa de ronda, por la muralla adelante, di con un portalón. Transponiéndolo, allí se veía la iglesia de Santa Teresa de Jesús, erigida sobre el solar de su casa natal. ¡Cuántas veces, desde las almenas de la muralla, en un momento semejante y al claror de la poética luna, la niña predestinada mostraría su rostro blanco al beso del infinito! ¡Cuántas veces su alma pura interrogaría al cielo, al valle primaveral y a la nevada sierra, pidiéndoles la explicación de esos enigmas que llaman numerosos e inquietantes en los seres de precoz intelectual

clator del día empañaba melancólicamente el espacio. Brillaba como plata el Adaja. El silencio y las valles verdabas con un verde más tierno y primaveral que en pleno día, por virtud de la luz fina y tenue y melancólica del crepúsculo. Los ojos, cuando el horizonte, la sierra era un campo de incomparable blancura.

Entonces, en fila sobre la muralla, los torresnes estaban indudablemente presenciando, sin abandonar la guardia, esa función sublime que hacían en el profundo silencio de la prima noche la luna, el río, la sierra, el religioso aire de Avila.

II.

LA INFANCIA

LA primera evocación que nos visita al entrar en Avila es la imagen añorada o juvenil de Santa Teresa. Las primeras páginas de su «Vida» se recorren a nuestros ojos mentales, envolviéndonos en un perfume de flor delicada, candorosa primicia de un apasionado misticismo.

La monja vehemente e iluminada de las fundaciones y de los trabajos dolorosos, la ingenua y genial escritora, la santa, con todas sus consecuencias de proselitismo y universalidad, ésa es otra Teresa más grande que necesitaremos seguir a través del mundo y de los siglos. La Teresa niña, la de las inquietudes iniciales, la flor en capullo y dos veces virgen, ésta vive siempre, igual a sí misma, en las calles de Avila. Ella es,

en efecto, la que acude a saludarnos. Y por eso es tan pura y sugerente la noble ciudad, tan vetusta, y sin embargo dotada de un prestigio tan vivo de candor juvenil.

En balde trazan las murallas y los torreones sus fieros rasgos marciales; la impresión varonil y guerrera es impotente para contrarrestar la otra virginal y aniñada que el capullo místico pone en la silenciosa ciudad. Y sin remedio, mientras vagamos por las calles, no hacemos otra cosa que reconstruir una imagen de niña seguramente bella, noble la actitud, vivaces y soñadores los ojos, un poco voluntarioso e impaciente el ánimo.

En esa edad peligrosa y decisiva toman forma los caracteres humanos; es también cuando las vidas escogen su camino. Entonces la inquieta Teresa, a hurtadillas de su madre, busca las novelas de caballerías que en ninguna casa faltaban por aquel tiempo, y sube tal vez a lo alto de los muros de la ciudad, sobre el huerto patricio, para leer más impunemente las aventuras de Amadís de Gaula.

Aunque la colina en que se asienta Avila es poco elevada, produce, no obstante, una impre-

sión de extraordinaria altura. Toda la ciudad parece montaña, y apenas subimos a un torreón nos figuramos sentir, o positivamente sentimos, la sensación de alta cumbre. Allí, pues, alzaba a veces Teresa los ojos de sobre el libro y dejaba huir la mirada hacia el llano remoto y la blanca sierra que cerraba el horizonte.

Los territorios densos, prolijos y recargados de detalles utilitaristas pueden otorgar a la sociedad esto que exactamente llamamos civilización. La fértil agricultura y los poblados numerosos, con la buena contabilidad y la lógica, son bienes que le aportan al hombre los países nutridos en que el horizonte se encuentra embarazado por cosas inmediatas, razonables, útiles y numerosas.

¿Pero le bastarían al hombre la lógica y la utilidad, y hasta la misma razón reglada, habiendo por necesidad en nuestro espíritu tal suma de ansias indecibles dirigidas precisamente más allá de lo necesario y útil, o sea hacia las lejanías del ideal y del ensueño...? En la llanura calcinada de la Palestina, sobre cualquiera de los collados, algunos hombres han soñado más de una vez sueños de infinito, y de aquellas fu-

gas hacia el ideal se ha nutrido la humanidad europea, y bien densamente, durante muchos siglos.

El alma, cuando sube a lo alto y se encara con la inmensidad, sospecha que ha recuperado el verdadero valor de cosa potencial, de matriz creadora, de ala vibrante con virtud de largo vuelo. Nada es comparable a la sensación de vahido religioso que las llanuras de Castilla causan a todo espíritu predestinado. Desde la altura se ve tenderse la inmensidad como un cielo a la inversa, tanto más sugestivo porque es tan solitario, monótono e infinito. La luz fina y clara, la atmósfera ligera, los colores difuminados, la majestad de aristocracia y, sobre todo, el sereno talante, solemne y personal, de esa dimensión pajiza o azulada, son incentivos para los anhelos de marcha. Marchar, sea a la región mística o a las aventuras guerreras. Marchar... Y esta tentación de actividad errabunda se manifiesta en la Historia por el avance hacia el Mediodía de los ejércitos reconquistadores, mientras en el arte está expresada por las dos grandes creaciones de errabundez dinámica y soñadora: el Cid y Don Quijote.

Allí la niña Teresa acudiría, sobre la alta muralla, a leer escondidamente los libros de caballerías que, en efecto, su buena madre conservaba. Los episodios fantásticos de aquellas novelas, entonces a la moda, avivarían la imaginación inquieta de la adolescente. El mundo, apenas entrevisto y sólo vagamente sospechado, abriríase como un espectáculo de ensueño ante el asombro de la niña predestinada, y la conturbaría, en esas inefables pausas de ensimismamiento y de imprecisa contemplación que sólo conocen bien las almas que han tenido una adolescencia ávida, soñadora y muy sensible. Era tal vez en las mañanas cristalinas de la primavera. Los ojos de la adolescente desprendíanse de aquel imán de las páginas encantadas, y quedaban absortos ante el milagro que el sublime encantador, Abril, había operado sobre la adusta planicie castellana.

*

Ya que ha sido sobrepasada la inquietud neurótica del cielo de Marzo, un día de Abril nos asomamos a contemplar la llanura, y sentimos el brusco asombro de las grandes escenas. Un

poco más tarde, en las mañanas indecibles de Mayo, esa misma llanura castellana se nos entra en las honduras del ser conmovido como una idea de plenitud emocional.

Una sonrisa ha caído impensadamente sobre la faz severa de Castilla. No hay ejemplo de una transmutación tan honda y radical operada en un paisaje; parece que unos espíritus pensantes, y no las fuerzas inconscientes de la Naturaleza, han intervenido con su voluntad en el milagro. Y el tránsito divino del invierno a la primavera, que en todas las zonas del mundo se muestra con caracteres, en efecto, de trascendentalismo y de milagro, en Castilla cobra un mérito de excepcionalidad, y sin temor al riesgo del tropo podemos llamar a la primavera divina, milagrosa y trascendental.

Es un cambio repentino y como absurdo el que se opera en los bastidores, y cuando volvemos los ojos a la escena descubrimos que el telón se ha transfigurado fantásticamente. La misma llanura parda, gris, pajiza y adusta, he ahí de qué imponderables colores se ha vestido. Bajo la infinita bóveda de cristal se desmadeja una oleada de verdes, de rojos, de ocre encendidos. Los

verdes se deslizan a todo lo largo del color integral, desde el amarillo de los chopos nacientes y el azulado de los densos trigales, hasta la sombra metálica de las encinas y los pinos. Cantan las virginales amarilleces de los jaramagos; brilla la plata de los cardos; blanquean las margaritas y las manzanillas; las amapolas se rompen en brasas, que los pistilos negros hacen todavía más ardientes. Distante, en la limpia atmósfera, sube como en éxtasis la cordillera, y la nieve más limpia y más alta ha logrado fundirse en un beso con el azul.

¿Podrá un alma torpe y cotidiana aproximarse a ese espectáculo y comprenderlo? Que busque otros países más fácilmente inteligibles, más totalmente abarcables. El universo abunda en tierras fáciles y lógicas, tan perfectas como una teoría de manual o como un concepto de academia. Allí se corresponden y armonizan los objetos y los seres, sin temor a las interrupciones y perplejidades; allí la ciudad tiene al lado las aldeas, los suburbios fabriles, el río ancho, el puerto, el lago; allí, como en una proposición académica, junto al prado está el bosque, al margen del bosque está la granja, frente a la

granja pastorea el novillo, los patos pueblan el arroyo. Todo está allí previsto, ordenado, lleno; todo es lógico allí y académico; llueve con orden, hace sol a su turno; la atmósfera está igualmente domesticada.

Un espíritu demasiado doméstico que aprecie ante todo la regla y la abundancia, frente al paisaje de Castilla no tiene nada que hacer. Pero quien ame lo distinto, y la fuerza del contraste, y la intensidad rara en la expresión, éste sabrá extraer de la lisa llanura inacabables sugerencias.

Por la sobriedad de líneas y de tonos, llega, pues, Castilla al éxito más caro, que es la intensidad. Así tiene la primavera un mérito excepcional e inefable. Por lo mismo también asumen las cosas un valor extraordinario. Una torre erecta en la línea del horizonte nos sugiere de una vez la suma de las interpretaciones históricas, religiosas, épicas y ciudadanas; un árbol en la planicie lo vemos en forma de síntesis idílica, y aquel solo árbol reconcentra dentro de sí todas las ideas humanas del paisaje; un jardín nos parece una fortuna; un prado, una flor, un arroyo bullente, nos dejan gozosamente estupefactos.

SANTA TERESA DE JESÚS

Por la sobriedad reconcentrada llegamos a la intensidad, y primeramente, y sobre todo, alcanzamos el éxito difícil de que cada una de las cosas posea un valor único, insustituible, y de que todas las cosas ocupen su sitio integral. Se logra así en el paisaje de Castilla de que nada sobre ni nada esté ocioso. Queda excluida, por tanto, la redundancia y la confusa excesividad. Un árbol es la suma de los árboles; una torre es la síntesis de las torres; una colina aislada se alza con la firmeza y la sugestión de una persona. Y surge, en fin, otro éxito muy caro y difícil: que todas las cosas adquieran inconfundible personalidad.

¡Tardía e inesperada primavera de Castilla!
¡Regalo de los ojos, más rico y encantador cuanto más impensado eras!
¡Merced divina, verdor nutrido y fértil, más amado porque eres fugaz!
Como una sonrisa en un rostro severo; como un amor caliente y tierno en una virginidad que parecía insensible...

No necesitamos muchos más ejemplos ejemplares para saber cómo estaba formada una nobleza noble en la España del siglo XVI. Teresa de Cepeda nos hace practicar en el portal de su casa

III

RETRATOS DE FAMILIA

UNA HIJODALGA

EN la historia de su vida que Santa Teresa escribe, hay unas páginas conmovedoras y hondamente humanas que tienen el raro valor literario de pintar, como de pasada y sin proponérselo, verdaderos retratos de personas. Son aquellas primeras páginas en que Teresa describe sus años impúberes, su vida en el hogar paterno.

No necesitamos muchas más eruditas referencias para saber cómo estaba formada una familia noble en la España del siglo XVI. Teresa de Cepeda nos hace penetrar en el portal de su casa

y nos introduce en la intimidad de sus hermanos, todos valerosos, todos buenos creyentes, alguno de ellos santo, y más de uno heroico en las guerras y aventuras de las Indias. Nos presenta a sus honradas hermanas, al tío que acabó siendo fraile, y en primer lugar a la madre, nimbada con un collar de filiales, breves y fervorosas palabras.

«Mi madre tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad. Con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión a que ella haría caso de ella.»

Nada precisaríamos ya para conocer a la dama abolenga, llena de virtudes y de decoro, que preside las labores del hogar en la grave ciudad provinciana. Ordena a los criados, lleva nota de la hacienda familiar, reza a la tarde a la luz tranquila del velón, con los hijos y los servidores en torno. Sabemos que es bella, sin duda con una belleza blanca y digna que impone respeto tanto como inspira dulce atractivo. Pero la hija añade aún: «Con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible y de harto entendimiento. Fueron

grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió. Murió muy cristianamente...»

He ahí trazado el retrato perfecto de una hidalga española. Pronto se nos representa el escenario de la ciudad castellana, ceñida de torreonos, cuyo más alto y hermoso torreón es el campanario viejo de la catedral. Vemos ahí, al punto, señalarse la silueta de la señora. ¿Anduvo de niña en los prados de sobre el río; vistió galas de seda; presenció las justas y los toros cuando las solemnes festividades?

Si alguna vez se iluminó su rostro blanco con la gracia de las frescas risas, todo aquello hubo de acabar para siempre. Ahora está casada. Un hombre fuerte y honrado es su esposo. Le han enseñado la ciencia difícil para otros, para ella fácil, de la obediencia en la ternura. El índice de sus conocimientos, o sea el espacio de su cultura, haría sonreír a una mujer andariega y libre de nuestro tiempo. La limitación: éste es el plan de su sabiduría. Sabe leer, escribir y contar, y ya es bastante. Unos libros devotos, acaso unas novelas de caballerías. Muy poco, ciertamente.

Pero después que podamos sobrepasar la

superstición de la cultura enciclopédica y universitaria al uso moderno, ¡qué ancho y profundo se nos muestra el espacio cultural de esta mujer castellanal! La cultura no ha ido a ella externamente; se ha insinuado, se ha infiltrado en su ser por intermedio de eso que llamamos tradición. Y es indudable que conoce íntima e intensamente las más ricas esencias de varias civilizaciones, puesto que a través del Cristianismo embebió la cultura filosófica de diversas edades, y por la tradición familiar ha embebido la sabiduría civil de incontables siglos, de numerosos pueblos, de variadas civilizaciones. Avila, en el corazón de Castilla y en el apogeo del siglo XVI, es el cauce adonde afluyen las olas de una cultura integral, armónica porque reúne las excelencias ideales y prácticas, y porque atiende lo mismo a reglar el uso del rezo y las normas del cariño, como a enseñar el arte de la cocina, el tono del saludo, el matiz de la compostura ante las diferentes personas; toda la cultura, en fin, de un ser noble que se obliga a recoger el peso de una densa tradición para servir a Dios y a su patria.

EL BUEN CABALLERO

La madre, pues, murió joven. Contenta y amorosamente dió al mundo numerosos hijos. Su rostro blanco se apagó como una suave llama. Y entonces el padre de Santa Teresa se ve asediado por cargas penosas, por duras preocupaciones. Su amor conyugal está roto para siempre. La educación de los hijos, el cuidado y defensa de sus hijas le reclaman; la hacienda exige además una dedicación absorbente.

Si reconcentramos la mirada del espíritu, aproximadamente podremos ver la imagen de un hombre alto, enjuto, serio el mirar, sencillo y aristocrático el porte, la barba corrida, al cinto la espada de lujo cuando se dirige a las ceremonias públicas; un buen tipo de hombre que podría, teniendo un poco menos edad, parecerse al «caballero de la espada» del Greco.

Su hija nos completará el retrato con palabras tiernas y justas.

«Era mi padre aficionado a leer buenos libros, y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos. Ayudábame no ver en mis padres favor

sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre...» (Esta palabra de *hombre*, pronunciada por una mujer que se ha distinguido entre todas por su energía y su voluntad, y que al mismo tiempo era como una síntesis de lo femenino y de la gracia virtuosa del sexo, tiene aquí una particular emoción; es la transcendental palabra que llena la boca y el alma de la mujer, con la tierna y admiradora servidumbre de la mujer cuando nombra al *hombre*, ese concepto de la virilidad que si en la amada es temblor de deseo y como de voluntario y cariñoso vasallaje, en la hija es una admiración, un contento, un orgullo imponderables de ser acariciada castamente entre los brazos robustos y mimosos, y de sentirse, en aquella castidad del padre, casi iniciada en los misterios de la masculinidad!)

«Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y también con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad; y estando una vez en casa una (esclava) de un su hermano, la regalaba como a sus hijos... Era de gran verdad; jamás nadie le oyó jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera.»

Efectivamente, los rasgos esenciales del carácter los tenemos ahí. El hidalgo español del siglo XVI, el hidalgo-tipo, está ya retratado. ¿Para qué exigiríamos más detalles? El resto es accesorio, complementario y, en suma, inevitable. Existiendo esas virtudes constructivas y soportadoras del edificio moral, es ocioso que nos digan, por ejemplo, que era limpio en el vestir, sensato y oportuno en el hablar, generoso sin despilfarro, incapaz de perfidia, consecuente en las amistades, de buen consejo, de clara inteligencia. Todo esto se deriva lógicamente de aquellas virtudes fundamentales que la hija refiere.

«Tenía muchas», confiesa la hija. Pero, con todo, podríamos sospechar que el amor filial añadiera, a la distancia de tantos años, méritos de comprobación imprecisa. No es éste el caso, porque la buena hija define una grande, una definitiva virtud, que no consiste precisamente en la costumbre de dar limosnas, acto que con frecuencia es automático, formal y hasta egoísta; lo difícil, y lo que es virtud de veras, consiste en tener piedad, dígame amor, con los criados y los humildes, con nuestros auxiliares mejor que ser-

vidores. Cuando este sentimiento se introduce en un hombre, lo hace inepto para la crueldad y la injusticia. No sólo al criado; a su mismo perro lo mirará con amor, con respeto.

Era un hombre honesto en gran manera; jamás se le oye jurar ni murmurar... Era, pues, el alma limpia y decorosa del auténtico caballero. Poseía las esencias más puras de la aristocracia: limpieza de espíritu, compostura, generosidad... Era sin duda de esa especie providencial de personas por las cuales parece que la Humanidad se exculpa de las impurezas de los otros numerosos hombres. Una de esas personas que por milagro acaparan para sí los valores más ricos de la belleza física y moral. De esos seres que, al penetrar nosotros dentro de su círculo de acción y de simpatía, nos agarran y poseen, y nos sentimos junto a ellos tan libres de temor, de suspicacia, de peligro, que es como si una verdadera representación de la divinidad viniese a protegernos.

la costumbre de dar limosnas, etc. lo
ciencia es automático, formal y hasta egoista; lo
difícil, y lo que es virtud de veras, consiste en
tener piedad, digase amor, con los criados y los
paunder, con nuestros auxiliares mejor que ser-

IV

LOS HERMANOS DE SANTA TERESA

POR la honrada y noble familia de Santa Teresa pasa un aire de aventura, una ráfaga de constante heroísmo, que convierte al viejo linaje de los Cepedas y Ahumadas en algo trémulo, vibrante, pronto a ser arrastrado por lo trágico y lo sublime. La vida entera de la Santa es ya un compendio de actividad heroica y una tentación a lo trágico-sublime; pero es que todos los hermanos, y eran por cierto numerosos, se ven conducidos por la vía de la aventura. Soldados del Rey, capitanes en las Indias, el mar y las hazañas remotas les atraen, como a los más imaginativos conquistadores.

Para nuestro moderno sentido de la santidad, el empleo que los hijos de Sánchez de Cepeda dan a sus vidas parece bastante extraño. La idea

religiosa está hoy como asociada a una preocupación de afeminamiento, y apenas se concibe una vida devota que no sea sedentaria, tímida y sobre todo nada viril y aventurera. En el siglo XVI, y en el corazón de España, la santidad podía ser aún perfectamente masculina.

He ahí los hermanos de Santa Teresa. Uno tras otro abandonan el hogar virtuoso y linajudo para entregarse a los riesgos, entonces horriblos, del mar. Marchan a combatir por su Rey y por su casta, a rescatar indios de la idolatría, y además, claro es, a adquirir el oro y los honores que su ambición juvenil pedía. Todos eran buenos soldados, y de los leales; más de uno murió en plena batalla, con el arma en la mano.

El aire de la tragedia y de la aventura pasa, pues, por las familias que llamaremos predestinadas, como si el destino cargase sobre ellas todos los nubarrones y toda la electricidad que son indispensables para producir el genio. El genio que había de surgir era Santa Teresa, y con su aparición tenía ya bastante el destino; pero a su alrededor toda la atmósfera estaba electrizada. Influidos por ese aire de tempestad, en la familia del caballero Cepeda quedan pocos

sujetos normales o tranquilos; el que no se hace monje se alista de soldado, y mientras Teresa combate por la religión en increíbles campañas de voluntad y sufrimiento, Antonio muere en el Perú luchando contra el faccioso Gonzalo Pizarro, y Rodrigo cae en mitad de las selvas inexploradas.

Era el tiempo, es verdad, en que las triunfales empresas de España pedían muchos y firmes campeones. Para todos los hombres de pro había entonces contrata. El caballero don Alonso Sánchez de Cepeda tenía más hijos que los que su hacienda pudiera sostener; en Avila, por otra parte, faltaban suficientes coyunturas para colocar con decoro a tantos varones linajudos. Leoncillos de ánimo brioso, ¿iban ellos a vegetar en la callada ciudad de Castilla, sonando como estaban los clarines tentadores de la gloria? Uno tras otro se fueron a eso que en español tiene un acento tan sugestivo, tan único: «probar fortuna»...

Junto a la casa de Cepeda tenía su mansión un prócer alto y muy influyente: el señor Núñez-Vela. El emperador Carlos V envió a este prócer para que pusiera paz y gobierno en tierras del

Perú, donde los sucesores del gran Pizarro armaban guerras facciosas. Marchó como virrey. Y para rodearse sin duda de hombres de confianza, aceptó con gusto la oferta que de sus hijos le hizo el caballero Cepeda. Se los llevó como deudos y protegidos, y como hidalgos de Avila que eran. Tenía la gente de Avila fama de valerosa y leal, de modo que algunos generales, como el gran duque de Alba, en cuanto se les recomendaba un varón avilense, sólo por la procedencia lo admitían sin más.

La Santa se esmera en repetir muchas veces, a lo largo de su autobiografía, cuánto estimaba a sus hermanos, y cuántas virtudes poseían todos. Les llama constantemente honrados, piadosos, únicas virtudes que para ella merecían mención. El valor y el temple de alma no le interesaban. Eran buenos cristianos, buenos hijos, firmes en la fe de sus mayores. Pero además de esto se sabe que eran valientes, animosos, aventurados, hombres de honor. En la batalla de Iñaquito, cinco hermanos van en la propia guardia del virrey don Blasco Núñez Vela, que pelea contra el faccioso Gonzalo Pizarro y es vencido y muerto. Los cinco hermanos siguen a su señor

en la desgracia, y luchan allí hasta el último trance. Allí muere Antonio; allí Hernando, según la relación de un cronista, cae herido «de muchas lanzadas, con las tripas de fuera...»

Bastantes historiadores, ateniéndose a prejuicios de una época determinada y siempre partidista, han insistido ligera y tozudamente en esa vulgar opinión que hace de los conquistadores españoles unos simples *aventureros*. Ya se sabe qué sentido tiene la palabra *aventurero* en esas plumas; es una forma de forajido, cruel y codicioso, sin ley ni Dios, situado más allá de toda moral, ni más ni menos que los piratas que infestaron un día el mar Caribe y las playas del Pacífico. ¿Tal vez para ciertos pueblos, o para ciertas culturas, no puede existir otro sentido del *aventurero*?

Para nosotros, sin embargo, la palabra *aventurero* debe sonar con otro timbre, con acento muy diferente. Aquellos hombres, en efecto, eran *aventureros*. Lo eran, y debemos reclamar la categoría, en un sentido profundo e inusitado. Perseguidores de la aventura, hijos del azar, encomendados a Dios y llevando en el alma el peso de sus graves compromisos (honor, valor, vo-

luntad, fe), aquellos hombres provocaban a todos los elementos desatados con el fin de crear lo que positivamente crearon: la civilización de América.

Los hermanos de Santa Teresa pueden servirnos de tipo y de ejemplo. No era uno, casual y caprichoso; eran siete. Como ellos marchaban otros innumerables hidalgos y caballeros. Y ya hemos visto de qué manera estaban criados los hermanos de la Santa. Los que marchaban a la aventura con el alma menos limpia, los intemperantes y los crueles, ¿pueden tomarse como ejemplos típicos del conquistador? En toda empresa levantada, no es el malo quien da el tono, sino el bueno.

Estos aventurados y corajudos hidalgos de Avila sienten por su hermana un cariño, un respeto y una admiración singulares. Mientras ellos pugnaban en remotas empresas y ella construía su obra de santidad con tan fieros sinsabores, el recuerdo de las alegres horas de niñez les unía cordialmente a través de los mares. Desde el lejano Perú, los buenos hermanos seguían las andanzas de la pequeña Teresa, y en cuanto la fortuna les favorece apresúranse a remitirle dine-

ros. Oro y plata del Perú, tesoros de *indiano*, ¡qué bien llegan a remediar las apreturas económicas de los parientes que quedaron en Castilla!

¡Qué conmovedora es aquella carta en que Teresa agradece a su hermano Lorenzo el envío de una gruesa cantidad de pesos! Hallábase la Santa en los peores trabajos de su querida fundación; el monasterio de San José, apenas comenzado, reclamaba dineros con enojosa perentoriedad, y es entonces cuando unos mercaderes llegan de las Indias y extienden ante los ojos admirados de la monja sublime los grandes bolsillos de oro. Tan oportunos, tan increíbles, que la Santa no tiene inconveniente en atribuirlos a la voluntad divina. El cielo es quien los trae.

«Porque es así cierto, que a todos los que vuestra merced envía dineros les vino tan a buen tiempo, que para mí ha sido harta consolación; y creo que fué movimiento de Dios el que vuestra merced ha tenido para enviarme tantos; porque para una monjuela como yo, que ya tengo por honra, gloria a Dios, andar remendada, bastaban los que habían traído Juan Pedro de Espi-

nosa, y Varona, para salir de necesidad por algunos años.»

No todos, no, pueden remitir dineros. La ventura no ríe a todos los hermanos. Unos logran honores y encomiendas, y el Lorenzo, como se ha visto, es un verdadero *indiano* que puede regalar sin merma grandes bolsillos de oro; pero otros, en pugna con heroicos trabajos, mueren como lo que són: como pobres y esforzados aventureros.

De esta miserable manera parece Rodrigo. Salió en la memorable expedición del Adelantado don Pedro de Mendoza, la más brillante y bien repuesta de cuantas se habían armado hasta entonces con rumbo a las Indias. Cientos de principales caballeros formaban en la expedición, que hubo de fracasar tristemente en las hostiles riberas del Plata.

En aquel concurso de brillantes guerreros iba don Rodrigo de Cepeda. Y desembarcando, se alistó pronto en la hueste que al mando de don Juan Ayolas remontó el curso del río Paraná y se internó, en una ruta estremecedora, por las profundas selvas del Chaco, hasta dar en el propio Perú. El hermano de la Santa no pudo

terminar aquel estupendo viaje. Murió en el camino.

Era Rodrigo de Cepeda aquel mozo fantasista que en el hogar paterno, en la silenciosa Avila, tantas empresas de heroísmo y de maravillas hubo de soñar. ¿Pero no fué su propia hermana Teresa quien lo embrujó, quien le marcó un destino de infeliz aventura?... Es aquel propio, en efecto, que colaboraba en las travesuras infantiles de Teresa; era el cómplice de las fantasías teresianas; el hermano dócil, embaucado y sugestionado, al que vemos un día escaparse con sigilo por las puertas de la ciudad con el propósito de ir a la tierra de los moriscos y allí hacerse mártir. La hermana traviesa y fantaseadora lo ha embaucado. Ella le propone un día: «¿Vamos a escribir una novela de caballerías?...» Y escriben, en efecto, la bizarra novela.

Lleno de quimeras, corrompido ya para siempre por el ácido gusto de la aventura, Rodrigo es un predestinado. No llegará nunca al éxito, porque jamás escogerá las vías normales; que hasta en la aventura existen vías prudentes. Se alistará sin remedio en toda expedición fantástica, porque el espíritu de la fantasía va dentro de

él. Cuando dicen que se aprestan a descubrir el supersticioso *cerro de la Plata*, el cómplice de la inquieta Teresa no vacila en formar con los ilusos expedicionarios. ¡Pobre hidalgo, pobre víctima de la teresiana voluntad de ensueño!...

V JUEGOS Y QUIMIRAS

AQUELLA fresca rosa de Avila, niña traviesa y juguetona, ella misma nos revelará más tarde, en el Libro de su Vida, que era singularmente linda y que se conquistaba la estimación de todos sus parientes. Sus hermanos la querían mucho. Su padre la amaba más que a los otros hijos (1).

En la casa de don Alfonso Sánchez de Cepeda era tal vez la niña Teresa el sujeto original que introduce la especie de agitación graciosa,

(1) «... aunque era la más querida de mi padre; y antes que comenzase a ofender a Dios, parece tenía alguna razón, porque yo he lástima cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado. y cuán mal supe aprovechar de ellas.» *Libro de su Vida*,

la risa y las ocurrencias precoces, con las cuales el ambiente grave de la familia queda animado y reverdecido. Su actividad, y sin duda su travesura, no descansan un momento; se mueve en un espacio harto breve, pero su imaginación suple las limitaciones de la naturaleza.

Un hermano tiene, iluso como ella, y pronto lo utiliza para sus pequeños hechos fantásticos. Es algo mayor de edad; se llama Rodrigo, y le tiene singular predilección (1).

Y ya en sus pocos años se manifiesta la facultad del mando y la virtud del proselitismo, indispensables a toda genialidad que arrostra la carrera del fundador, del reformador y del conductor de gentes. Su hermanito, blanda y suave criatura, es ese sujeto de sumisa complicidad que suelen aprisionar la chicas vivaces para los juegos y a veces las pequeñas trapacerías infantiles. Aquí el hermanito se siente sugestionado y preso por el encanto de la feminidad en capullo y también por la superioridad imaginativa y ejecutante de la hermana.

Manda en él, lo trae y lo lleva, le sugiere sus

(1) «Que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor y ellos a mí.» *Libro de su Vida*. Cap. I.

aficiones, le compromete en sus juegos. El buen muchacho, que más tarde habrá de embarcar tras el señuelo de Indias y morirá en pleno desierto, se brinda gustoso a esa servidumbre y es el cómplice entusiasta en los juegos y travesuras de la niña inquieta.

Un día propone Teresa que se marchen a *tierra de moros*, en busca del martirio. Irán al país que ignoran, al país de moros que entonces, como ahora mismo, existe en algún rincón de la fantasía popular española. Allí se harán prender, les cortarán las cabezas y, automáticamente, habrán ganado el Cielo.

No sabemos si al alma de Rodrigo, cachorro de soldado y conquistador, placía en absoluto este programa de mártir sin resistencia; pero era la hermana quien disponía y hubiera sido inútil protestar. Emprenden, en efecto, la marcha, huyendo de la casa paterna, como han huído las dos terceras partes de los chicos en todos los climas y tiempos con designios y en formas diferentes. Salen al camino de ronda, corren pegados a las murallas, descienden al cauce del río, y de pronto, estupefactos, ven la figura de la Providencia en forma de un tío suyo, que a

caballo y con gesto entre áspero e indulgente los ataja:

—¿Pero adónde vais, hijos de Dios?

—Señor tío, nosotros nos alejábamos hacia la tierra de moros, porque queríamos que los herejes nos descabezaran...

El tío los restituye a los padres. Riñen éstos, la madre solloza un poco, los hermanos se ríen de la locura, y los fracasados aventureros esconden como pueden su vergüenza.

Entonces se dedican a construir en la huerta ermitas, con pedrezuelas y barro, y se dan a imaginar que son ellos en persona fervorosos ermitaños, capaces de reproducir las vidas más ejemplares del santoral.

Pero alguna vez ha caído en sus manos un libro de caballerías. Quién sabe si no lo han hurtado del cofre donde guarda la madre sus cosas personales. Se ocultan para leerlo a solas. Acaso Rodrigo, como anda más por la calle y frecuenta algunos camaradas, ha traído otros libros prestados. Todos son libros encantadores. No hablan sino de aventuras, bizarrías, amores, combates y ternezas. Además, los romances de amor, los de guerra y los fronterizos, todos es-

SANTA TERESA DE JESÚS

tán en el aire, los oyen recitar a las criadas y a los hermanos mayores. Entran, pues, en una zona de aguda fantasía y siéntense traspasados por la emoción literaria del género heroico-caballeresco.

Y allí donde nadie los pueda sorprender, con el mimetismo tan propio de la infancia, se ponen a escribir una novela de caballerías...

SEGUNDA PARTE

LA MUJER

VI

LOS PECADOS DE UNA SANTA

SEGUNDA PARTE

LA MUJER

Recatándose de sus ardores, vigilante el oído como quien incurre en malicia, he ahí a Santa Teresa de Jesús, capullo de mujer, tras los cristales de la alta ventana. Está leyendo un libro.

Se asila en esa ventad que sin duda han conocido todos los seres de imaginación desde que existe en el mundo el maléfico de la literatura. Como Teresa de Ahumada, inamovibles flores de pubertad lejanas en aquel mismo momento las farfollas aventuras y los fieros amores de los caballeros andantes, como ahora otras almas femeninas siguen entre ardores suspiros las epinicias de amor de nuestra un poco plena vida moderna.

VI

LOS PECADOS DE UNA SANTA

RECATÁNDOSE de sus parientes, vigilante el oído como quien incurre en malicia, he ahí a Santa Teresa de Jesús, capullo de mujer, tras los cristales de la alta ventana. Está leyendo un libro.

Se halla en esa actitud que sin duda han conocido todos los seres de imaginación desde que existe en el mundo el maleficio de la literatura. Como Teresa de Ahumada, innumerables flores de pubertad leían en aquel mismo momento las fantásticas aventuras y los tiernos amoríos de los caballeros andantes, como ahora otras almas femeninas siguen entre secretos suspiros los episodios de amor de nuestra un poco plana vida moderna.

¿Pero no había escrito antes la propia Teresa un *libro de caballerías*, en colaboración con aquel hermano Rodrigo, con aquel cómplice de las infantiles fechorías de la muchacha inquieta? Ahora no se trata de escribirlas, sino de leerlas glotonamente. ¡Oh, cómo se hincha su casto pecho, bajo el corpiño ajustado, al influjo de esos diálogos arrebatadores en que un paladín recoge de las trémulas manos de su dama la divisa con la que será vencedor de dragones, gigantes y trasgos fieros!... A escondites en el retirado aposento, muchas veces tiene que dejar el libro sobre el halda, porque la emoción la sofoca. Sus ojos vuelan entonces por los cristales y se van adonde precisamente vuelan siempre las miradas del ensueño, hacia las lejanías de lo inefable.

Sin embargo, no reside en ella toda la culpa. La pequeña y nerviosa Teresa ha sido previamente iniciada en el vicio de la novelería, y por su propia madre. Sólo que hay diferencias. En efecto, lo que en la honrada y grave señora es un pasatiempo venial, en la chica nerviosa, imaginativa y *predestinada* hace estragos. Todas las quimeras de su mente se alzan como bando de alondras.

SANTA TERESA DE JESÚS

La dulce madre de Teresa, como todas las damas de la época, «era aficionada a libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo, como yo lo tomé para mí; porque no perdía su labor, sino desenvolvíamos para leer en ellos; y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía, y ocupar sus hijos, que no anduviesen en otras cosas perdidos».

Entonces ella, no bastándole las dosis de lectura bizarra que la madre distribuía entre los hijos, se abalanza del todo al veneno. Oigámosle

«Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta que en ella vi (en su madre), me comenzó a enfriar los deseos, y comenzar a faltar en lo demás; y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embecía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento...»

Y es aquí donde principia la vida mundanal de Teresa, y son éstos los episodios que luego la Santa habrá de recordar con lágrimas de contrición. Comienzan las *coqueterías* de la Virgen de Avila. Es una muchacha linda; sobre sus

atractivos naturales posee algo que en nuestro idioma popular se significa con el nombre de *ángel*. Desde luego estamos ciertos que al pie de su ventana, a la puerta de la iglesia, en los estrados, dondequiera que ella esté, acuden los caballeres y los hidalgillos de bigote presunto, de espada precoz, al señuelo de esa risa de cristal y de ese rostro en el que ya se señalan los signos delatores del genio.

Es una de las doncellas más requeridas. Los mancebos de Avila sólo saben hablar de ella, y la buscan, tal vez con madrigales que alguna criada hizo llegar furtivamente hasta el fondo de su corpiño. Trae galas, y desea sobre todo parecer bien, «con mucho cuidado de manos y cabello y olores». Es muy curiosa de todas las vanidades, lo que quiere decir que el día entero lo emplea en escoger cintas, en peinarse, en consultar al espejo, en indagar tras la ventana. Pero apresurémonos a definir, antes de que un lector contemporáneo se alarme excesivamente: «No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera a Dios por mí...» Sobre este particular vuelve varias veces la Santa, con firme contundencia. «Y pues nunca era inclinada a

mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía.»

En cambio se aficionó a «mucha curiosidad de limpieza demasiada». Preocupábase, pues, de lavar con detenimiento el rostro, y acaso algo más, y de pulir las uñas, y de perfumar el cabello, y de traer guantes finos. Discutía con sus criadas la largura y forma del manto, y pataleaba un poco, no estando su padre, cuando el maestro zapatero le entregaba unos chapines de forma ruda o anticuada.

Y prosiguiendo el Malo su maniobra, he ahí que por las puertas de la casa de Sánchez de Cepeda se introduce una joven representativa, una joven temible, verdadero tipo de la coqueta. Su condición de parienta la hace más temible, porque con esto no hay modo de impedirle el acceso a la virtuosa casa. El padre y los hermanos se disgustan. Pero en balde, puesto que la liviana parienta logra sin mucho esfuerzo captar la voluntad de la curiosa y ávida adolescente. «Con ella eran mis conversaciones y pláticas, porque me ayudaba a todas las cosas de pasatiempo que yo quería, y aun me ponía en ellas, y daba parte de sus conversaciones y vanidades...»

Hasta que el padre, por seguir la costumbre de la época y porque no podía atender al cuidado de una doncella, se la llevó a un monasterio y allí la dejó resguardada, pacífica, en calma. Así terminaron los galanteos y *vanidades* de Teresa. Y aquella flor de santidad, que tan próxima había visto la garra del Malo, sucesivamente fué alejándose por las vías de la mayor perfección hasta abismarse en el pleno océano de la luz divina.

*

Este trozo de vida, este episodio del tránsito de una pubertad que acabamos de referir, es la propia Santa quien nos lo revela. Todo eso está incluido en las célebres confesiones de la Santa. Ahora bien, ¿hasta qué punto creeremos en su sinceridad?...

De las confesiones que el artista y el literato suelen hacernos, en autobiografías muy amañadas, por un principio de elemental prudencia sólo nos atrevemos a aceptar el mérito de la forma y el interés de la fantasía. Pero si lo que cuenta de sí mismo el artista es siempre exagerado o mentiroso, a causa de la vanidad y

ANTA TERESA DE JESÚS

del prurito de rareza, en la autobiografía del religioso necesitamos sospechar por otro conducto. En efecto, un alma religiosa nunca olvida sus deberes de ejemplaridad; miente, pues, por obligación de su oficio catequístico y por hacer en todo momento función didáctica.

Teresa de Jesús se impone más que nadie ese deber. Es un carácter fuerte, activo e inmensamente responsable. Toda su vida es un constante ejercicio de ejemplaridad, y antes que nada, sobre todo, se impone la obligación de aleccionar a las almas menos firmes y seguras. De este pecado de soberbia, digamos despotismo, no se libra ningún ser verdaderamente enérgico y poderoso.

En todos sus escritos resalta la intención del catequista; pero en su *Vida* nótese más, porque la propia materia del libro se presta a hacer campaña aleccionadora. Hace campaña contra las novelas de caballerías, contra las amigas coquetas, contra el gusto de las galas. Y siguiendo la lección de San Agustín, procura exponerse ella misma como una gran pecadora...

Sin embargo, no nos costará mucho creer a la Santa en lo substancial de sus narraciones.

Aunque los episodios sean amañados o figurados, sabemos que es verdad, y sin ella decirlo nos lo figuraríamos, que leía novelas con avidez, que escuchaba con emoción los relatos amorosos y los galanteos, que se cuidaba de las galas y le interesaba un poco, y apenas sin confesarlo, la coquetería. No podía menos, porque era una naturaleza imaginativa, ingeniosa, vivaz, alegre, curiosa e impresionable; porque era un ser que rebosaba de vida y de genio. El romper de su pubertad fué necesariamente un episodio complicado.

Sensible cosa es que en estas vidas de santos tomen tanta parte el espíritu de utilidad de la Iglesia y el afán catequista del sacerdote, convirtiéndolo todo en practicismo y presentando los hechos siempre dirigidos a un fin de consecuencia demostrativa, de predicación dogmática y de ejemplaridad. Es fastidiosa la monotonía con que el argumento de la vida de los santos se desarrolla siempre; empiezan por agravar sus pecados, para herir con fuerza la imaginación y hacer más vivo el contraste entre los dos poderes en lucha; y termina invariablemente por resaltar el desengaño del mundo. A este fin

de utilitarismo no es extraño que los espíritus más excepcionales hayan sacrificado la misma verdad.

La vida de San Francisco de Asís no se puede leer con calma, porque es una sucesión de anécdotas superpuestas a través de las generaciones. La soberbia y la vanidad de la Orden, que toma al Santo como materia de predominio universal, se unen a la soberbia y la vanidad del propio Santo; puesto que al fin el Santo, por vías que él ignora y que nunca osaría confesar o admitir, es una víctima de ese orgullo que tanto condena.

Recordemos aquel famoso ejemplo de las *Florencillas*, cuando San Francisco propone a fray León:

«No tenemos breviario con que podamos decir maitines, pero a fin de emplear el tiempo en alabanza de Dios, yo diré y tú me contestarás como yo te enseñe, y cuida de no cambiar las palabras en otra manera de como yo te las enseñe; yo diré así: —¡Oh hermano Francisco, hiciste tantos males y tantos pecados en el siglo, que eres digno del infierno!—Y tú, hermano León, responderás: —Verdad es que mereces el infierno profundísimo.»

«Y fray León con simplicidad de paloma respondió: —De buen grado, padre; empieza en nombre de Dios.»

«Entonces San Francisco comenzó a decir: —¡Oh hermano Francisco! Hiciste tantos males y pecados en el siglo, que eres digno del infierno.»

«Y fray León respondió: —Dios hará por ti tantos bienes que irás al Paraíso.»

«Dice San Francisco: —No digas así, hermano León, sino cuando yo diga: —¡Oh hermano Francisco, has hecho tantas cosas inicuas contra Dios, que eres digno de ser maldito de Dios, —tú responderás así: —Verdaderamente eres merecedor de ser enviado entre los malditos.»

«Y fray León respondió: —De grado, padre.»

«Entonces San Francisco, con muchas lágrimas y suspiros y golpes de pecho, dijo en alta voz: —¡Oh Señor mi Dios del cielo y de la tierra! Yo he cometido contra ti tantas iniquidades y tantos pecados, que soy por todo merecedor de ser maldito por ti.»

«Y fray León respondió:—¡Oh hermano Francisco! Dios te hará tal, que entre los benditos serás singularmente bendito...»

SANTA TERESA DE JESÚS

He ahí por dónde, en efecto, el demonio de la soberbia vístese con el sayal de la humildad y llega íntimamente a los más altos planos del orgullo. En este caso debemos atribuir a la Orden la mayor responsabilidad en la factura de la anécdota. Pero no olvidemos nunca que el Santo está en continuo riesgo de pecar con el pecado que más abomina.

También Santa Teresa se deja seducir por el tópico del auto-desprecio, común a todos los Santos. Paga su tributo al método de ejemplaridad de la Iglesia, y no olvida que el argumento y la virtud más original del Cristianismo se hallan en la *conversión*. Ella, pues, necesitaba seguir todos los trámites tradicionales. Sometiéndose a la prueba, forzó cuantos elementos de ponderación pecadora pudo hallar en los anales de su vida. Exaltó las culpas sin culpa de su trémula mocedad, hizo monstruosas las nimiedades, y cuando no supo descubrir pecados, los inventó.

de... el demonio de...
 la... con el...
 llega... a los...
 gulos... a la...
 la... en la...
 anécdota...
 está en...
 que más abunda...

También Santa Teresa se deja reducir por el
 tópico...
 Santos... al...
 had de la...
 y la virtud...
 llan en la...
 gait todos...
 dose a la...
 ponderación...
 de su vida...
 mala...
 des, y cuando...
 inventó...

...
 ...
 ...
 ...

VII

LA GRACIA TERESIANA

LA «gracia» es ese algo inexpresable que convierte a ciertas personas en fáciles candidatos al éxito. Podríamos pensar que la gracia es lo mismo que el genio, pues ambas cualidades conducen al mismo fin. Pero hemos de diferenciarlas para que la confusión no estorbe nuestras conclusiones. Y es verdad que muchas veces el genio, aunque llegue a conquistar la admiración de los hombres, lo consigue como a pesar de todo y por el único valor imperioso de la obra extraordinaria. También es verdad que a veces el genio carece, como persona y hasta como obra resuelta, de simpatía.

Por eso nos sentimos tan gozosos cuando encontramos que el destino ha podido emparejar

el genio con la gracia. Todavía nos sentimos más dichosos si la vida del genio, o sea toda su personalidad actuante y viva, se nos ofrece dotada de una inmarcesible gracia.

Santa Teresa era graciosa definitiva y plenamente. Era la mujer hecha gracia, toda ella envuelta y rebosando gracia. ¿Con qué otra mujer de la Historia pretenderíamos compararla? Nadie tiene como la Virgen de Castilla el don no aprendido, la virtud providencial de inspirar simpatía. Así nos explicaremos, por este don de la gracia personal, el entusiasmo que produjo en el mundo Santa Teresa, la popularidad que alcanzó su nombre, el prestigio con que su ser ha penetrado en la conciencia universal. De tal modo es esto, que hoy, leyéndose apenas sus obras entre el gran público, continúa la Santa originando en las gentes una profunda acción de simpatía.

Tenía el don de la gracia plena, empezando por la divina, bien manifiesta en sus coloquios místicos con Dios y en la frecuencia con que era visitada su alma por la paloma celeste, o sea la inspiración. Poseía la gracia indispensable a toda persona que pretenda fundar organizacio-

SANTA TERESA DE JESUS

nes colectivas, y es evidente la aptitud de mando, de atracción, de convencimiento que hace de la Santa lo que hoy, por vía de Norteamérica, se llama un « conductor de muchedumbres ». Y ella, no hay para qué encarecerlo, atraía y guiaba a las gentes con el solo y espontáneo auxilio de la gracia.

Tan fuerte era esta clase de gracia convincente, dominante y atractiva, que la Santa, en efecto, estuvo siempre rodeada de personas inauditamente rendidas a su voluntad y a sus encantos. Los hombres que ella reverencia, los sabios confesores, los doctos en teología y los maestros en virtud: San Juan de la Cruz o el Padre Ribera, Fray Luis de León o San Pedro de Alcántara, todos, como la última de las monjitas, concluyen por rendirse a la grandeza de aquel espíritu avasallador, que para vencer voluntades sólo hace jugar el arma de la gracia.

No le faltó ni siquiera la gracia física, porque era hermosa de cuerpo, agradable de rostro, seductora por el encanto de la expresión y por esa aura íntima que no nace de las líneas del cuerpo ni de otros signos materiales, sino de algo aéreo que está en la tez, en la mirada, en

todo lo inapreciable, pero real, de la persona.

Ningún retrato directo, fuera del pésimo que fray Juan de la Misericordia hubo de pintar en mala hora, poseen los hombres. Pero las referencias de los contemporáneos nos ofrecen una imagen aproximada que nos ayuda a considerar a la hija del caballero Cepeda como una de esas mujeres de quienes se acostumbra a decir: No es una belleza clásica, pero tiene una gran seducción.

Dejemos hablar al padre Francisco de Ribera, que nos presentará a la Santa como una mujer de cuerpo bien formado, armónico en sus partes y con el equilibrio que pide la verdadera hermosura.

«Era de muy buena estatura, y en su mocedad hermosa, y aun después de vieja parecía harto bien; el cuerpo abultado y muy blanco; el rostro redondo y lleno, de muy buen tamaño y proporción; la color blanca y encarnada, y cuando estaba en oración se le encendía y se ponía hermosísima, todo él limpio y apacible.»

Estamos viendo, efectivamente, la imagen de una mujer de belleza regular, no llamativa y mucho menos apta para entorpecer los sentidos

del hombre. Pero algunas palabras del Padre Ribera nos descubren unos rasgos importantes que no se refieren a lo material de lo físico, sino a lo espiritual de la persona, al aura inefable del rostro, a la expresión en suma. Esto es lo definitivo, lo verdaderamente fuerte en el ser.

■ Cuando estaba en oración la Santa, dice el Padre Ribera que se le encendía el rostro, y, todo el semblante limpio y apacible, aquella excelsa mujer *se ponía hermosísima*. En boca del virtuoso fraile tiene este superlativo un entusiasmo definidor; no es posible definir, ciertamente, la belleza exaltada de un rostro al que se asoma el espíritu entero, sin recurrir al énfasis y al entusiasmo. Se ponía hermosísima...

■ En seguida nos pintará el mismo Padre Ribera otro signo de inefabilidad y de gracia. Dice de los ojos de la Santa que eran negros y redondos, no grandes, pero bien puestos. Y agrega que eran *vivos y graciosos*, y que, «en riéndose, *se relan todos* y mostraban alegría, y por otra parte muy graves cuando ella quería mostrar en el rostro gravedad».

■ «Las manos pequeñas y muy lindas. En la cara tenía tres lunares pequeños, que le *daban*

mucha gracia... Toda junta parecía muy bien y de muy buen aire en el andar; y era tan amable y apacible, que a todas las personas que la miraban comúnmente aplacía mucho.»

Otro de sus confesores venerados, el Padre Gracián, corrobora el signo de gracia que posee la Santa en el rostro, en la actitud personal entera. «Tenía hermosísima condición, tan apreciable y agradable, que a todos los que la comunicaban y trataban con ella, llevaba tras sí, y la amaban y querían...»

En fin, Santa Teresa poseía incluso la gracia que propiamente llamamos donaire, ingenio, chiste. Porque su trabajada vida, sus enormes responsabilidades, y sobre todo el asombro de sus contemplaciones celestes, nada de esto le impedía ser un carácter abierto y vivo, pronto a la risa y la broma, alegre, con el más sano y fresco júbilo.

Sus cartas abundan en descripciones y ocurrencias que con nuestra manera de decir actual llamaríamos chistosas, y que los contemporáneos de la Santa llamaban donaires. Este punto de sal pone en sus escritos un sabor simpático, imperecedero e inconfundible. Es verdad que

eran los tiempos en que el ánimo español se abría a las múltiples sollicitaciones de la vida universal con un modo de franqueza y de valor, tan lejano de nuestra presente inclinación al apocamiento lacrimoso.

Quando se refiere a su amigo San Juan de la Cruz, no duda en casi burlarse de él. «Hable vuestra merced a ese padre, suplicóselo, y favórezcale en este negocio, *que aunque es chico, entiendo es grande en los ojos de Dios.*» Parece que el Santo era de estatura mínima, y por esto decía ella que para reformar la orden Carmelita contaba con *fraile y medio...* El fraile era Antonio de Jesús, y el *medio fraile* San Juan de la Cruz.

Ahí está el lego piadoso, horrible pintor, de igualmente desventurado nombre: Fray Juan de la Miseria. Se dispone a retratar a la Santa. Ya lograron vencer la resistencia que oponía a retratarse, y ya la obra llega a su término. Y es tan detestable, que la Santa, probablemente agradecida al pintor por la mala pintura, se ríe y exclama: «Dios te lo perdone, fray Juan, que me has hecho padecer aquí lo que Dios sabe, y al cabo me has pintado fea y legañosa.»

Si alguien se aventura a dirigirle un piropo, ella no vacila en la réplica, merced a su humor vivo, alegre y siempre femenino. Así don Álvaro de Mendoza, obispo de Ávila, le dice una vez, con episcopal galantería, que más gusto tenía de hablar con ella que con sus canónigos; y la Santa responde al punto: «Pues yo, señor, tengo también más gusto de hablar con vuestra señoría que con mis monjas.»

Don Francisco de Salcedo era un alto personaje de Ávila, a quien por sus virtudes y caridad llamaban el *Caballero Santo*. Protegía con abundantes dádivas a Santa Teresa, y ésta, que le reverenciaba en todo lo que valía, véase con qué femenil arrumaco le escribe: «No me diga tanto que es viejo, que me da en todo mi seso pena, como si en la vida de los mozos hubiera alguna siguridad. Désela Dios, hasta que yo me muera, que después, *por no entrar allá sin él, he de procurar lo lleve nuestro Señor presto...*»

*

La Iglesia no sólo consiente, sino que inicia y propone la expresión del regocijo de Navidad

con canciones y risas, que son una intrusa ráfaga de alegre rusticismo en la docta severidad del templo. Es un paréntesis abierto en el ritual; un soplo de naturaleza que viene a mover la estructura austera del templo, como una verdadera brisa de Abril que descompusiera la rigidez de las imágenes, hiciera temblar las luces votivas, diera movimiento a los mantos y perfume a las flores yertas de los altares. El mismo órgano, hecho para glosar los pasajes patéticos del culto, entonces se aniña, se atipla, y presta como puede, en voces de flauta adolescente, ayuda y acompañamiento a los cándidos villancicos.

Esta palabra, villancico, tiene fuerza autoritaria para conducir la imaginación al lugar propio: un convento de monjas. Noche de Pascua. Allí los panderos suenan con su debido candor rústico; allí las risas ofrecen una flor de pura jocundidad, y la canción, como brotando del alma limpia, sube al cielo en calidad de ofrenda.

Transportada la imaginación al convento de monjas, todavía se le obliga a retroceder en el tiempo hasta los años centrales del siglo XVI. Dentro de la iglesia, poco grande, en el pobre

convento Carmelita, allí está la más férvida cantadora de villancicos: Teresa de Jesús.

Ella misma quiere componer las coplas para las solemnidades de la Iglesia. Madre, directora, intendenta, siempre ama y alma de sus monjas, vigilante de su obra, ella está en todo, ella lo suple y lo inicia todo, como hacen siempre los conductores, los fundadores. Si conviene cantar, ella cantará la primera; si faltan coplas, ella las inventará; hasta si fuera preciso está pronta a bailar.

Cuando una novicia ha profesado, la Santa quiere que se le dé a la función un aire de fiesta, y al efecto, compone unas coplas de infantil estribillo:

Pues que nuestro Esposo

nos quiere en prisión,

a la gala gala

de la Religión.

¡Oh, qué ricas bodas

ordenó Jesús!...

La pluma que ha sabido internarse en las más difíciles interpretaciones del dogma, y que vuelve, como estupefacta, de narrar los coloquios del alma con la Divinidad, esa misma deseará trazar los vulgares villancicos; pero con tan hu-

SANTA TERESA DE JESÚS

milde desinterés, que sean las coplas como originadas por la mente de un rústico.

¡Ah, pastores que veláis
por guardar vuestro rebaño,
mirá que os nace un Cordero,
hijo de Dios Soberano!

Viene pobre y despreciado.
Comenzadle ya a guardar,
que el lobo os le ha de llevar
sin que le hayamos gozado...

Dice el padre Ribera, biógrafo de la Santa, que «gustaba de que sus monjas anduviesen alegres y cantasen en las fiestas de los Santos e hiciesen coplas. Mas como gustaba de dar ejemplo en todo, hacía las ella misma y las cantaba en unión de sus monjas, sin instrumento ninguno de música, sino acompañándose de la mano, *dando ligeras y suaves palmadas* para llevar compás y hacer cierta armoniosa cadencia».

He ahí una forma curiosa, y sin duda pintoresca, de aplicar los usos primitivos y dionisiacos de la música a una ceremonia cristiana. Santa Teresa no se turba; imita a los sacerdotes de los viejos cultos, y deja que una cierta embriaguez se apodere de ella. En el monasterio de

Cuerva, en un cuaderno de versos, se cuenta el pasmoso pasaje que sigue:

«Otros versos que hizo la misma Santa Teresa a la Circuncisión, de la cual era devotísima, y una víspera de la fiesta, estando las religiosas en la noche en recreación, salió la Santa de su celda, *arrebatada de un maravilloso fervor e impetu de espíritu, danzando y cantando*, e hizo que el convento la ayudase, lo cual hicieron con notable alegría de espíritu. El danzar que entonces y aquellos tiempos la Santa Madre y sus hijas usaban, no arregladamente ni con vigüela, sino daban unas palmadas, como dice el rey David: *Omnes gentes plaudite manibus*, y discurrían así con más armonía y gracia de espíritu que de otra cosa...»

VIII

EL TONO DE LA RAZA

TERCERA PARTE

LA ESCRITORA

Siempre que se trata de apreciar el carácter del hispanismo — español será preciso que antes de todo se considere el estado de civilización alcanzado a que llega la raza, no en un momento determinado, sino en toda su historia.

Los colectivos escritores hispanistas del siglo XVI son el fruto madurado, que no se forma y sólo manifiesta sin la elaboración consciente y múltiple de toda la raza. Esó es lo particular del hispanismo español, que brinca como en una explosión natural, y no en casos aislados. Así resulta un fenómeno comprensible, puesto que en él interviene el alma entera del país. Y es por esto también nuestro hispanismo tan diferente.

VIII

EL TONO DE LA RAZA

SIEMPRE que pretendamos interpretar el carácter del misticismo español será preciso que anticipadamente consideremos el estado de saturación renunciadora a que llega la raza, no en un momento determinado, sino en toda su historia.

Los célebres escritores místicos del siglo xvi son el fruto madurado, que no hubiera podido manifestarse sin la colaboración consecuente y múltiple de toda la raza. Esto es lo particular del misticismo español, que brota como en una explosión natural, y no en casos aislados. Así resulta un fenómeno comprensible, puesto que en él interviene el alma entera del país. Y es por esto también nuestro misticismo tan diferente,

dentro de las mismas reglas dogmáticas del cristianismo universal.

La idea de una vida falaz que está acechada por la sombra de la muerte, y el desprecio, por tanto, de esta vida nuestra, es un pensamiento cardinal que verdaderamente colma la doctrina cristiana. La Edad Media podría decirse que gira totalmente alrededor de ese pensamiento. Pero las ideas no están sólo formadas de razón absoluta; somos nosotros quienes añadimos a las ideas un excedente de emoción o de sentimiento, por cuya virtud, pasando a través de nuestras personas, esas ideas adquieren un matiz y un tono diferenciales. Vemos así que la idea cristiana se *viste* en cada pueblo, o se *reviste* de una forma expresiva particular.

La idea, pues, de la vanidad del mundo toma entre los españoles un tono exclusivo. Algunos críticos, guiándose nada más por las manifestaciones toscas de la imaginería religiosa o por los signos de un fanatismo popular, han atribuído a nuestro misticismo un aire excesivamente trágico, como infundido por el terror a las penas infernales. Pero si atravesamos de parte a parte nuestra literatura, veremos todo lo contrario. Lo

SANTA TERESA DE JESUS

que presta carácter y tono a nuestra interpretación de la vida no es un terror pusilánime; es un aire de desgana, es una íntima comprensión de la vanidad del esfuerzo, es un cansancio filosófico, es como una saturación de la voluntad renunciadora. El cansancio español, producido por una agudísima intuición del secreto de la vida, adquiere forma particular, empapa a la raza y satura el arte; de manera que Shopenhauer, buscando argumentos y cómplices para su teoría del pesimismo integral, salta desde los estoicos paganos hasta los escritores españoles, y transcribe íntegros los refranes de nuestro pueblo.

Hay en la poesía española un soneto que parece un alegato, una insigne refutación a esa teoría del misticismo terrorífico. Adelantándose a los que supusieran que el alma española sólo quiere cancelar por rezos y martirios la amenaza del infierno, el soneto célebre, que para más fuerza probatoria es anónimo, exclama en aquellos versos claros, encendidos:

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte...

Pero el tono expresivo de la raza no debemos buscarlo exclusivamente en los autores religiosos y ascéticos. Nos dirán más, con pruebas más desinteresadas, todos esos escritores que a lo largo del quinientos y del seiscientos se reservan algunas poesías o algunas páginas de sus obras para abrir el alma a un modo de lirismo desencantado, desganao, renunciador. En ese propio Quevedo, de vida tan dinámica, tan violenta y agria, tan mundanal, ¡qué emoción tienen los momentos líricos y personales! ¡Con qué intensidad tan moderna suenan sus voces de melancolía, de desgana y cansancio!

¡Cómo de entre mis manos te resbalas!

¡Oh, cómo te deslizas, edad mía!

¡Qué mudos pasos traes, oh muerte fría,
pues con callado pie todo lo igualas...!

Es el mismo que ha de proferir aquellos varoniles lamentos, cuando el azar de la lucha lo arroja en el destierro:

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados...

Vencida de la edad sentí mi espada,
y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese un recuerdo de la muerte...

SANTA TERESA DE JESUS

Vano es sin duda querer que la imagen de una persona sea fijada por sus detalles anatómicos o por sus líneas concretas; las personas poseen un *aire*, y esto es lo único que determina y fija el carácter físico-moral de los hombres. De igual modo habremos de buscar en las naciones el *aire*, el *tono* y la *actitud*. Esto es lo único revelador, aun siendo de categoría inefable, y no los rasgos precisos, que pueden, como si dijéramos, sujetarse al método de las estadísticas.

El tono del pueblo español, a través de sus actos políticos, religiosos y literarios, se podría expresar como un conglomerado en que actúan a partes iguales el estoicismo, el ascetismo cristiano y el fatalismo. Es verdad que esas tres características, como en las tres personas de la Trinidad, son diferentes las tres, y las tres se funden al cabo en una única esencia.

Si miramos la actuación política española, pronto descubriremos en ella un *aire* especial, que acaso no se repite idénticamente en otra gran nación histórica. Es un tono quizás desconcertante, por lo mismo que es único. Hay en la acción de España un contraste de impulsos enérgicos y como exaltados, y un cansancio extraño

que no viene de la flojedad de fuerzas ni de la cobardía, sino de una idea de la vanidad, de la inutilidad del esfuerzo. Por eso la acción política española se muestra en forma interrumpida, y no como una serie continuada.

Son impulsos, a veces poderosísimos e incomparables, que acaban en un raro desaliento, en una desgana desconcertante. Y esto debe ser porque en el alma de España el cristianismo no es un agregado, sino algo que pasa a fundirse dentro de la substancia nacional.

En efecto, otras naciones se diría que no han llegado a absorber y digerir el cristianismo; lo usan, lo aceptan, le tributan un alto fervor; pero realmente actúan a espaldas de un esencial cristianismo. Esos pueblos no se sienten trabados en su acción por ninguna clase de titubeo; desconocen el grito de desgana y de suprema comprensión que dice en los momentos críticos al hombre y a las sociedades: «Toda acción ambiciosa es vana, mientras el problema de la vida se halle en la muerte...» Desoyendo a las esencias cristianas, ocultando sus íntimos sentimientos paganos, esos otros pueblos creen más en la vida que no en la muerte; abren paso libre a su

ambición, perseveran en sus fines, continúan sus obras, y jamás se dejan seducir por la razón ascética.

Unas cuantas personas, dentro de esos otros pueblos vitales, pueden expresar su ascetismo y su desgana espiritual a través de la filosofía y del arte; pero la nación no les oye; entre la nación y sus intelectuales hay una rara disconformidad y una separación positiva. Sucede al contrario en España, donde el ritmo de sus filósofos y artistas va acorde con los actos generales de la nación.

El estoicismo no es en España un mero añadido literario; está hondamente clavado en las entrañas de su ser. Tampoco es pegadizo su cristianismo, hasta el punto de que si mañana, por azares de cualquier género, el pueblo español dejase de asistir al culto y se cerrasen todos los templos, la raza continuaría siendo cristiana. Por último, en el carácter español late un fatalismo que no necesitamos atribuir a la herencia semítica o musulmana, porque se deriva como una consecuencia natural de aquel fondo estoico cristiano.

Hay un momento representativo en la vida polí-

tica española. Es aquella hora culminante en que Felipe II reina sobre la gloriosa vastedad de cuatro continentes. El impulso español, ese impulso impetuoso que se opera como de fraude, puesto que obedece a la ley irreflexiva de la naturaleza y no al ritmo espiritual y consciente de la raza, ese impulso ha podido en menos de un siglo superar todas las grandezas conocidas y acometer acciones que asustan por su diversidad, por su intensidad. Pero el impulso, nacido de la fuerza intuitiva de la raza, ha llegado a su término de tensión; es el instante en que otras naciones, animadas por el éxito, aguardarían, en ese declive que sucede a todo impulso o tensión, la revenida del ímpetu, para continuar y agrandar los éxitos conseguidos.

Pues bien; en esa hora de declive, cuando la tensión se afloja naturalmente y cuando la brevedad del impulso no da lugar a presumir un cansancio insuperable, ved a España cómo se abandona a su sentimiento estoico-cristiano-fatalista... Hay entonces como una voluntad ascética de renunciación; una como idea cristiana de que no vale la pena de ambicionar nuevas glorias y más poderíos.

En esa hora trascendental de Felipe II, España acciona todavía; pero notemos que su acción se dirige contra los herejes, y no precisamente en busca de nuevos poderíos. Ha muerto Carlos V, príncipe extranjero que recogió los arrogantes ímpetus del esfuerzo español y que viviera en la pompa vital del Renacimiento. Ese Felipe II ya es un príncipe español; tiene a España metida en la médula. Es el español estoico-cristiano-fatalista y no el otro español instintivo de la calidad de Córdoba y Cortés. Busca en el Guadarrama el sitio de majestad panorámica más estu-penda; hace allí un palacio grave y rico, grandioso y emocionante. ¡Parece que toda la parte representativa del alma española se condensa en el príncipe y se aparta con él, reflexionando en la inutilidad de las cosas que acaban en la muerte!

Es allí, en el retiro de la alta sierra, donde un pueblo, por boca de su rey, ha pronunciado las palabras más excepcionales; allí es donde un pueblo, en la cumbre de su poder, ha hecho la más extraña, puesto que fué única, confesión de cristianismo estoico o de fatalismo cristiano. Y a nosotros mismos, que como españoles podemos comprender mejor, nos conmueve y pone

temblorosos aquella escena dramática, cuando el hombre pálido y real oye una a una las terribles palabras de la espantosa noticia (la Armada Invencible ha sido destrozada...) y luego, igualmente pálido, deja caer su respuesta escalofriante: «Yo no envié mis navíos a luchar con los elementos...»

En la literatura española hay una composición poética que nos revela bien claramente la particularidad del éxito artístico; al revés de otras clases de fortuna, que con el tiempo se ajan y desmerecen en brillo y vigor, el éxito literario, cuando es sincero, con los años y con los siglos y con el contraste de las críticas se hace más fuerte y más brillador.

Esta composición afortunada es aquella elegía que Jorge Manrique hubo de componer a la muerte de su señor padre, el Maestre de Santiago don Rodrigo Manrique. Escritas las *coplas* con un fin ocasional, tal vez abandonadas a la suerte de un momento que ahora llamaríamos periodístico, encontraron, no obstante, un éxito

perenne. El público las recibió como lo que propiamente eran: expresión sentida, auténtica e inspirada del sentimiento y la idea de la sociedad culta española en los finales de la Edad Media.

La fortuna no se detuvo aquí, porque al pasar más de cuatro siglos encontramos los hombres modernos que las coplas de Jorge Manrique tienen un sabor tan vivo de actualidad, son tan profundas, tan dentro de nuestro espíritu, que las leemos como si estuviesen escritas por un poeta contemporáneo. Este fenómeno de florecimiento a través de los siglos no puede darse si no interviene en la obra artística el don de la eternidad. Y una obra de arte es eterna, siempre viva y florecida, cuando refleja honda y sinceramente una realidad humana.

Las coplas de Jorge Manrique reflejan todo el sentimiento filosófico-religioso del siglo xv. Además reproducen la modalidad española de ese sentimiento cristiano-filosófico, y son así manifestaciones líricas que ponen al descubierto la idea y el sentir del alma española delante del problema de la muerte.

Nunca se repetirá bastantes veces que las

ideas, aun las más sintéticas y claras, al pasar a la universalidad de los pueblos adoptan en cada país un tono diferente. Las diferencias es verdad que suelen ser sutiles, de mero matiz con frecuencia; pero los espíritus sagaces logran sorprender ese matiz y otorgarle el alto valor que en efecto tiene.

En las coplas de Jorge Manrique nada hay que no esté comprendido en la ideología cristiana de la Edad Media; hasta se ha pretendido hacer derivar algunas de sus estrofas de un poeta árabe de Andalucía. No; el valor de una obra poética no reside en su argumento ni en su estructura intelectual. Jorge Manrique no pretende acaso decir nada nuevo a propósito de la vida y de la muerte, y él sabe muy cierto que cualquier predicador contemporáneo será capaz de emitir las mismas ideas, casi con la misma ordenación, que las que llenan sus coplas.

Lo distintivo está en el tono. Está lo diferente en la manera de decir personal. En ese caso parece que el individuo se reconcentra todo él y se sume en un estado de iluminación que convierte a la persona en inconsciente; y de esta inconsciencia, que ya es un modo de imperso-

nalidad, brota por milagro lo más personalista. Entonces no se vierte en la obra de arte sólo lo personal del autor; es lo personal de una raza y de un momento histórico lo que adquiere forma.

¿Se ha dicho en lenguaje castellano nada que exprese con tal firmeza, reciedumbre y varonil melancolía la idea estoica de la fugacidad de todo lo mundanal, como esa insuperada estrofa de la elegía de Manrique? Un pueblo entero está hablando en esas líneas rimadas.

Recuerde el alma dormida,

avive el seso y despierte,

contemplando

cómo se pasa la vida,

cómo se viene la muerte

tan callando;

cuán presto se va el placer;

cómo, después de acordado,

da dolor;

cómo, a nuestro parecer,

cualquiera tiempo pasado

fué mejor...

Probablemente existen obras literarias las cuales, al leerlas nosotros, no necesitan que evoquemos la persona del autor; otras obras, en cambio, es preciso que se revistan de entonación especial y leyéndolas hacemos revivir un

personaje responsable. En este caso, al recitar esa primera estrofa de la elegía, inevitablemente evocamos una persona que es la que íntimamente habla. Tan fuerte es la ilusión, que creemos de veras que alguien ajeno a nosotros se halla en espíritu dentro del libro. Y la imagen que nos figuramos es un caballero grave, marcial, noble, de elegante prestancia y con una vaga y viril tristeza sobre el rostro... Es el que, mirándonos con sus ojos inteligentes y graves, nos aconseja:

Recuerde el alma dormida...

También imaginamos que su voz tiene que ser recia, y al mismo tiempo dulce. Es un tono de voz que merece calificarse con dos palabras: serenidad, melancolía.

Lo que nos dice Jorge Manrique tiene más importancia, porque está dicho en aire civil; fuera una poesía religiosa pronunciada por un clérigo, y ya sería menos interesante. Pero dichas por un hombre de mundo, por un caballero que sabe esgrimir la espada y que conoce el lujo y el placer del siglo, las palabras suenan entonces a verdadera voz de la raza.

SANTA TERESA DE JESÚS

Es el tiempo en que el Renacimiento vuela ya como una brisa augural sobre Europa. Es ese instante de conjunción de dos tendencias, que hace del final del siglo XV una cosa tan fina, decadente y llena de rara inquietud. Las coplas de Jorge Manrique expresan como ninguna otra manifestación literaria la vaguedad de ese momento en España. Es una poesía de «líneas góticas»; pero el Renacimiento florece entre sus partes y se insinúa en ciertos adornos. La misma forma tiene una inclinación a lo perfecto, a lo elevado del clasicismo.

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir;
allí van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir...

Esto tiene, seguramente, una redondez renacentista; algo como un modelado suave y firme de arte culto, experto. La ojiva adquiere la comba del arco gracioso, y los versos, en efecto, están «rodando», con un movimiento elocuente de ríos que corren majestuosos hacia el mar.

La imagen de la fugacidad de las cosas tienta

sobre todo al poeta y le hace insistir en ello una vez y otra vez.

...¿Qué fueron, sino verduras
de las eras?...

... ¿Qué fueron, sino rocíos
de los prados?...

Pero no esperemos del poeta que se descomponga en gestos y gritos, en tropos y exageraciones. El barroquismo se halla muy lejos aún. Ese caballero español cuida de lo más caro a la aristocracia: la compostura. Su tristeza está dicha con la gravedad del estoico. Arrastra además un dejo «ojival», que es el cristianismo que la impregna. Finalmente, la tristeza recibe el contacto del alma española, y así la elegía se completa hasta hacerse representación poética del fondo estoico-cristiano de la raza.

JOSE MARIA SALAVERIA

vida, produce en época determinada una sa-
ción completa del ambiente espiritual, y en-
tonces sus obras recorren las distintas capas so-
ciales y son comprendidas, empujadas por la
humanidad. Cuando el momento de poca pa-

IX

EL ESTILO DE SANTA TERESA

pasado, otras generaciones encuentran que esos
libros no están en relación con los gustos, con
la época.

Las páginas que antes las comprendían y
SANTA Teresa de Jesús tuvo su hora de apogeo
en el siglo XVI y en la mayor parte del seiscien-
tos; sus obras eran leídas con afán por las gen-
tes diversas, religiosas o mundanas, cuando los
escritos místicos estaban de moda. Más tarde,
por un proceso de competencia religioso, litera-
rio, la escritora hubo de ceder el campo a la
santa. Y actualmente, necesario es decirlo, en-
tre los escritores clásicos españoles, Santa Te-
resa es bastante poco leída.

Es verdad que nuestra «conciencia literaria»
se halla hondamente saturada de los escritos de
la doctora mística, fenómeno muy frecuente en
literatura. Así vemos muchas veces que un autor
clásico, gracias al fuerte y original aliento de su

vida, produce en época determinada una saturación completa del ambiente espiritual, y entonces sus obras recorren las distintas capas sociales y son comprendidas, embebidas por la Humanidad. Cuando el momento de boga ha pasado, otras generaciones encuentran que esos libros no están en relación con los gustos, con la ideología ni con el mismo lenguaje de la nueva época.

Las páginas, que antes las comprendían y gustaban hasta las personas del pueblo, después sólo pueden saborearlas los eruditos. Pero esas páginas que nacieron a estímulo de la genialidad, no se borran nunca de la conciencia humana; aunque muy pocos las lean aún, el espíritu de ellas, la unción y el impulso genial de ellas, están flotantes en el ambiente de todas las edades. Lo substancial del escritor, de su vida y de su obra, se ha fundido como milagrosamente en el alma de la Humanidad.

Este fenómeno se repite en Santa Teresa. Sabemos que hoy sus obras son poco leídas, y sin embargo todos comprendemos que la Santa de Avila vive presentemente en la conciencia del público, no como Santa nada más, sino como

excelsa escritora. Es decir, que de una manera infusa el público tiene conocimiento muy aproximado del carácter, del aire y hasta del estilo de Santa Teresa de Jesús.

Nuestra época no es muy propicia a los temas místicos; otras cuestiones más directamente interesantes nos solicitan la atención. Además, Santa Teresa no escribió sus obras con un fin literario, y así carecen de aquella redondez y hábil factura de los libros de verdadero entretenimiento. El lector necesita sumergirse en un mar de tratados religiosos, reglas conventuales, disquisiciones de actualidad monástica y cartas todo eso que en vida de la Santa tenía un interés tan palpitante. Pero quien se aventura en ese mar, ¡qué insuperables encantos le esperan! Nunca un alma, una vida, un carácter han vibrado y lucido con tanta luz y fuerza; nunca un espíritu genial, y por añadidura femenino, se ha mostrado con tal poesía celeste y a la vez con tan sublime sabor humano.

He aquí el ejemplo más caro del escritor sin afeites, y del escritor que logra la perfección sin buscarla, o rechazándola. Por lo mismo, Santa Teresa será siempre un caso de genialidad es-

pontánea y como fatal; será un ejemplo de lo genial instintivo, que no se somete a reglas, que las huye expresamente; un fenómeno, en fin, que sólo en España acaso puede comprenderse, pues nuestro país se inclina, como es sabido, a una como explosión de la obra o del carácter genial, en vez de obedecer la creación al concatenamiento y orden de las diversas causas preparatorias de la obra de genio.

Santa Teresa habla el idioma de sus contemporáneos; su lenguaje es el de las hidalgas, los comerciantes, las monjas y los caballeros de provincias. Habla como la gente, y nada más. Ni un momento se preocupa de corregir su dicción; las palabras pasan de la calle a su pluma, de su pluma a la imprenta sin detenerse en ninguna oficina gramatical. Es como si la Santa, porque comprende la importancia de su animación interior, no quisiera manosear las palabras que han nacido, si no del Espíritu Santo mismo, como opinaban los apasionados adeptos, cuando menos de las entrañas encendidas del ser.

En algunos fundadores y jefes de escuela, surge frecuentemente una vaga y característica pedantería. También existe en Santa Teresa,

SANTA TERESA DE JESUS

pero tan humana, tan encantadora, que antes que incomodar, agrada.

Es un tono de monja, o mejor dicho, de abadesa; es un cierto tono de mando, nacido del hábito de la autoridad; es el saber que le oyen, creen y obedecen; es el aire del *fundador*, del organizador de multitudes y de quien pone dinamismo creador en toda su vida. Se la ve con un entrecejo nervioso, escribiendo y dando órdenes, repasando cuentas, facturas y cartas. Ella consuela o instruye a las monjitas, discute con frailes letrados, va y viene en viajes incómodos por villas y ciudades... Este aspecto de mujer dinámica, ejecutiva y autoritaria, tan hidalga castellana y tan del siglo XVI, no podemos olvidarlo al hablar de Santa Teresa. Después, la misma mujer extraordinaria, hundiéndose en los senos inefables y vertiginosos de la contemplación mística, llegará hasta el íntimo conocimiento de su Criador y nos revelará sus sensaciones en frases insuperadas.

Esa palabra que en el oficio literario se llama inspiración, y a la cual se aspira tanto por la nobleza que contiene, a pocos escritores se ha de atribuir con justicia como a Santa Teresa.

Toda su obra es el fruto de la inspiración; es verdad que, como en ningún otro caso, esta inspiración positivamente sobrehumana estaba asistida por una voluntad de fuste también sobrehumano. Teresa de Jesús insiste muchas veces en declarar su falta de estudios y de letras, y constantemente, cuando necesita exponer un punto delicado de teología, empieza por lamentarse de aquella falta. No es docta, ni erudita, ni muy letrada, en efecto; es una autodidáctica que ha necesitado leer y conocer a saltos, de cualquier modo y a través de una vida agitada. Sí, seguramente, nadie como Santa Teresa tiene opción a llamarse inspirada. Así lo reconocieron todos. Así se dijo de ella: «que muchas veces se la vió mientras escribía estos libros con el rostro resplandeciente, escribiendo con gran velocidad, lo cual es una gran señal de la presencia del Espíritu Santo, que la dictaba».

La sintaxis y vocabulario son al mismo tiempo femeninos y robustos; tiene su habla sabor a tierra castellana, ruda y finamente sabrosa como un pan de la tierra. Son las suyas palabras que *saben*, como el buen vino y la harina sincera. Y en vano perseguiremos en ellas la melosidad,

SANTA TERESA DE JESUS

porque aquellos vocablos de mujer se densifican entre sus labios y pierden lo frívolo o sensual de lo femenino. Es un hablar denso y nutrido de mujer fuerte, ¡pero tan insinuante y tierno a la vez! Toda la excepcionalidad y todas las cualidades características del sexo están palpitantes en esas páginas ardorosas de la Santa, cuyo estilo jamás incurre en el aire hombruno, tan frecuente en las mujeres literatas, ni mucho menos cae nunca en la ñoñez. He aquí un positivo *milagro* de Santa Teresa de Jesús.

Recoge, pues, las palabras que circulan a su lado y compone con ellas sus libros, sus cartas y sus versos. Son las palabras de la clase media y no precisamente del pueblo; aunque en la época de la Santa, y sobre todo en las ciudades de la Castilla media o central, el habla no se había diferenciado aún ni existían, como ahora, dos clases idiomáticas correspondientes a las dos clases sociales de ricos y pobres. El curtidor y el pegujalero hablaban un idioma casi idéntico, o idéntico del todo, al de los hidalgos, regidores y propietarios de las villas.

Teresa de Jesús, criada en buena familia, y frecuentadora de los círculos ilustrados, dice *in-*

dina, por indigna; *naide*, por nadie; *espiriencia*, por experiencia; *dispusición*, por disposición; *cerimonia*, por ceremonia; *debujo*, por dibujo. Apenas nos asomemos modernamente a un lugar de Castilla, en seguida oiremos esas mismas palabras en boca de la gente vulgar, pronunciadas con igual pureza que la Santa solía. Se comprende así que el idioma, democrático de veras alguna vez, fué dividiéndose en castas; la literatura y el rigor gramatical nos obligan a las personas educadas al uso de la casta idiomática exquisita, mientras el pueblo obscuro sigue usando las formas, hoy cristalizadas, que fueron antes vivas y elásticas en boca de la universalidad.

*

Constantemente hace Santa Teresa la salvada de su mala literatura, de carecer de letras y hasta de memoria. Nadie se atrevería a conjeturar por esto que la Santa padece el vicio literario de la falsa modestia, encubridora casi siempre de una soberbia grande.

∨ «Habré de aprovecharme de alguna comparación, que yo las quisiera excusar por ser mujer,

y escribir simplemente lo que me mandan; mas este lenguaje de espíritu es tan malo de declarar a los que no saben letras, como yo, que habré de buscar algún modo, y podrá ser las menos veces acierte a que venga bien la comparación.»

Cuando habla así Teresa de Jesús, está diciendo lo que de veras siente, lo que de veras le duele. Porque ella, que se ve tan activa y tan llena de la «angustia de crear», verdaderamente halla que su pluma no le ayuda con bastante rapidez y eficacia. Fenómeno propio de las naturalezas muy ejecutivas, vigorosas y rebosantes.

Necesita, pues, recurrir a las comparaciones y a las imágenes para poder llegar a la explicación de los casos difíciles, inefables, a que se aventura. Pero si ella se lamenta, nosotros, como lectores, debemos alegrarnos, porque precisamente de esa «limitación literaria», dicho en el peor sentido de la frase, resulta aquello especial, carísimo e incomparable del lenguaje tereciano: un encanto fresco de cosa viva y sublime.

El encanto está en esas comparaciones, en esos rodeos y en esas imágenes simples con que

la escritora trata, y bien lo ha logrado, de llegar al fondo de nuestra alma. No sólo consigue hacerse entender, a pesar de sus temores, sino que, sin pensarlo ella, logra aprisionarnos con su gracia y su ingenio. Lo pintoresco, delicioso y delicado brota continuamente de su pluma, tan espontánea y personal. De pronto, al hablar de la oración, dice que es una *centellica*, y esta sola palabra en diminutivo campestre, aplicada con absoluta certitud a un concepto tan elevado, nos deja el sabor de las cosas definitivamente encantadoras.

Otra vez exclama, con su mismo lenguaje encantador: «Espántame lo mucho que hace en este camino animarse a grandes cosas; aunque luego no tenga fuerzas, el alma da un vuelo, y llega a mucho, aunque como avecita que tiene pelo malo, cansa y queda...» Aquí el lenguaje cotidiano, uniéndose a una imagen sencilla, llega a la difícil sublimidad literaria de expresar un concepto filosófico con la belleza del período breve, rotundo, pintoresco, sugestivo y, por añadidura, musical.

En cuanto a la expresión de los estados íntimos o psicológicos, nadie ha podido superar a

SANTA TERESA DE JESÚS

Santa Teresa. La ternura, la pasión, y un como abrirse de par en par el espíritu iluminado, con más la exposición de complicaciones internas: esto es único e insuperable en la Santa. La cual, hablando de sus relaciones místicas con Dios, introduce un elemento inusitado, la familiaridad; entendiéndose lo familiar en el más puro sentido, o sea con la distancia respetuosa entre el ser humilde y la persona inmensamente admirada y amada. El mismo *rubor* está expresado en estas confesiones íntimas, casto y alto rubor que no puede faltar en el ser que nunca sabe olvidar su feminismo. «Sólo una vez en mi vida me acuerdo pedirle gustos (al Señor), estando con mucha sequedad; y como advertí lo que hacía, *quedé tan confusa*, que la misma fatiga de verme tan poco humilde, me dió lo que me había atrevido a pedir...»

Ya hemos visto cómo Santa Teresa se declara indocta, y cómo confiesa sus dificultades literarias. Desde luego vemos que se equivoca, porque llega en literatura al más alto éxito. ¿Es entonces una persona que de alguna manera trata de despreciar lo que hoy llamamos la cultura? ¿Es un ser soberbio, orgulloso de su autodidac-

tismo y pronto a burlarse de los meramente doctos o cultos?

En cierta ocasión viene al convento de la Santa una joven, muy devota y con deseos de profesar. La recomiendan unas señoras beatas, entre las cuales se distingue por sus aptitudes de inteligencia y de ilustración. Santa Teresa la oye, cree que es una buena adquisición, queda satisfecha de su hermosura física y de su ánimo. De pronto, la Santa empieza a sospechar... ¡Probablemente aquella expedita joven no es más que una fastidiosa marisabidilla, una bachillera, lo que hoy decimos una *intelectual*! En efecto, la joven aspiranta dice que traerá al convento sus utensilios personales y, además, una *Biblia*. Entonces la Santa, con su sorna especial, y empujando hacia afuera a la bachillera, exclama:—¿Cómo Biblia? ¿Qué es eso de Biblia? ¡Si ellas son unas pobrecitas monjas ignorantes que se atienen a obedecer y rezar! ¡No; no quieren Biblias en el convento!

Pues bien: la que así se burla de las *intelectuales*, es la misma que después, y siempre que puede, hace un caluroso acatamiento a la *cultura*. No era, no, una inteligencia soberbia, infa-

tuada por su autodidactismo y rencorosa con la intelectualidad. Si se lamenta de no tener letras, su lamento es sincerísimo. Nadie como ella tan respetuosa y obediente con los confesores y los religiosos ilustrados.

«De devociones a bobas nos libre Dios», dice en el libro de *su Vida*. Más adelante insiste en ese criterio de la *devoción ilustrada*, y exclama: «Mi opinión ha sido siempre, y será, que cualquier cristiano procure tratar con quien las tenga buenas (letras), si se puede, y cuantas más mejor; y los que van por camino de oración tienen desto mayor necesidad, y mientras más espirituales, más.» Todavía no cree haber dicho todo su elogio de la cultura, y agrega: «Y no se engañen con decir que letrados sin oración no son para quien la tiene; yo he tratado hartos, porque de unos años acá lo he más procurado con la mayor necesidad, y siempre fuí amigo dellos, que aunque algunos no tienen experiencia, no aborrecen el espíritu ni le ignoran; porque en la Sagrada Escritura que tratan, siempre hallan la verdad del buen espíritu.»

No puede mostrarse una persona más sumisa a la ilustración, más obediente a la cultura.

JOSÉ MARIA SALAVERRIA

Tanto cree Santa Teresa en la virtud del intelectualismo, que no duda en fiarse a los letrados sin oración, o sea de religiosidad fría. Es porque tiene honda fe en la ciencia, para ella más acepta y eficaz que las «devociones a bobas».

X

LAS TENDENCIAS EN EL RENACIMIENTO

EL dualismo latente en la sociedad de los siglos XVI y XVII es un tema de estudio que ha tentado a muchos críticos e historiadores. Por una parte se abría el Renacimiento a todas las solicitudes de la inteligencia y a todos los encantos de la jocunda vida pagana, mientras paralelamente producíase la más enérgica reacción del espíritu cristiano.

Las dos tendencias, sin embargo, no eran mutuamente inexplicables, sino que se correspondían y se justificaban, como suele ocurrir, a pesar de todo, con los antagonismos. A la floración pagana que trajo, en pompa sin igual, el Renacimiento, pronto respondió la especie de furia ascética con que los reformadores y los

místicos infundían al viejo dogma una energía formidable. El esfuerzo cristiano fué entonces inaudito. Tan pronto como Lutero surge frente al Papado, que había sido dañado por la ráfaga pagana, he ahí que San Ignacio salta a la lucha y toma sobre sí la faena de restituir a Roma el prestigio y la autoridad.

Ambos esfuerzos, al fin, son correlativos, porque nacen de una misma causa: la interpretación sensual de la vida aportada por el Renacimiento. Contra el mismo adversario se lanzan protestantes y católicos, y de aquel fervor combatiente brotan los puritanos, los hugonotes y todas las sectas revisionistas, a la vez que los grandes teólogos, los mártires evangelistas y particularmente los místicos españoles.

Es sobremanera curioso el espectáculo de esa supervivencia de dos inclinaciones tan contrarias en el seno de una sociedad. Todavía hoy nos asombra cómo en aquella civilización de honda estructura cristiana, los espíritus más exigentes y austeros tienen que pactar con el paganismo. El Arte, desde luego, se apodera del mando, y dentro de las iglesias se apresuran a correr las ninfas y los pequeños faunos en la

graciosa esbeltez de los frisos y arcos de medio punto. Los artistas pintan Virgenes y Crucificados, pero se reservan, casi en la misma proporción, el pintar apoteosis mitológicas. Los aposentos del propio Felipe II están adornados tanto de episodios bíblicos como de escenas paganas.

Es porque el Renacimiento traía un incomparable vigor intelectual y un prestigio de cosa cesárea, opulenta, grandiosa. La sociedad cristiana se sintió frente a aquello demasiado modesta, pobre, ignorante. Todas las inteligencias aceptaron la supremacía del mundo renaciente. Hubiérase tenido por bárbaro e incivil al hombre que no acatara el nuevo régimen intelectual. Así es como vemos a muchos espíritus rendirse ante la ola y claudicar con timidez, cambiando el derecho a la más alta acepción mística por los goces de la Ciencia, de la erudición y del culto de las clásicas formas que el Renacimiento les brindaba.

Uno de estos espíritus claudicantes, sin duda atormentados (a pesar de la aparente compostura serena), es Fray Luis de León, el gran admirador de Santa Teresa. El alma del devo-

to fraile, formada para los vuelos místicos, ha sido captada por el Renacimiento y cae en brazos del paganismo. La culpa es del alma curiosa, ávida de saber y conocer y como ninguna sedienta de las exploraciones intelectuales.

Toda ráfaga mística es contraria de la Ciencia, y el científicismo no tiene mayores adversarios que las almas acendradamente religiosas. Porque el místico tiene miedo al mundo y una honda repugnancia al siglo, y porque frente a la intelectualidad laica sospecha, y no se equivoca, que el hombre pide al conocimiento libre una utilidad creciente cuya mejor cosecha sea la atenuación del dolor y el aumento de las posibilidades placenteras. Ante el culto de la vida contingente que inspira a la intelectualidad laica, el místico opone su idea fundamental e inexorable: nuestra vida terrena es un tránsito para la vida real del cielo, y es pecado, además de ser una estulticia, poner en el mundo el centro y el fin de nuestros afanes. Para el místico vale este mundo únicamente como sitio de prueba y de expiación. Todas las célebres almas religiosas han coincidido en ese punto capital, que es la base única del cristianismo, y el asco de la Cien-

cia y de la vida terrestre, la enemistad por lo que hoy llamamos progreso, son unánimes a los místicos del Norte y del Mediodía.

Una inteligencia moderna se ha de sentir invadida de admiración y de respeto al repetir aquella oda a Felipe Ruiz, que comienza con la obligada invocación de todo religioso, o sea el anhelo de abandonar la cárcel de nuestra vida ineficaz y contingente:

¿Cuándo será que pueda
libre desta prisión volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
que huye más del suelo,
contemplar la verdad pura sin duelo?

Otras almas religiosas se complacen en expresar la misma angustia de liberación, y sus divagaciones literarias siguen la línea del tema, hasta agotarlo en la última y definitiva, que es la inmersión en la substancia de Dios. Pero aquí Luis de León nos desconcierta, porque su poesía suave, empapada de beatitud, no se contenta con hallar a Dios y anegarse en su hermosura; no pide la muerte para *descansar*, supremo anhelo del místico. Fray Luis de León pide la muerte como un estímulo de la actividad; y desea penetrar en Dios para saber más, para *conocer...*

Allí, a mi vida junto,
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es, y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.

Cualquiera de nosotros vive martirizado por la gravedad hostil y punzante del enigma del mundo. El enigma nos persigue, nos rodea, y en él nos perdemos como en una selva pavorosa, porque, efectivamente, todo lo que existe y cuanto es, nosotros mismos y lo de dentro de nosotros, todo es enigma. Con satánica o con pueril impaciencia exigimos que nos sean revelados los misterios, y unos a la Ciencia, otros a las especulaciones metafísicas, otros a la experiencia cotidiana, les sonsacamos partículas de enigma y leves barruntos de misterio.

Esta angustia por *conocer*, esta zozobra por lo inmensamente ignorado, Fray Luis de León la siente con una efectividad tan viva, que parece un contemporáneo nuestro. Sin duda, en todo místico existe implícitamente el anhelo de *conocer*; se entiende que la inmersión en Dios presupone el conocimiento del enigma del mundo, puesto que en Dios reside la absoluta verdad. Ellos quieren conocer a Dios por lo que tiene

SANTA TERESA DE JESÚS

de hermoso, de amado, de benéfico, de inmensamente codiciado. Pues bien, Luis de León acaso olvida una vez esa codicia mística del divino amado, y pone como punto primero y el más interesante de sus ansias la resolución de los enigmas científicos. Llegar a Dios, núcleo de toda verdad, y pedirle la llave del misterio. Pedir a Dios, tras la muerte en el mundo, que abra al espíritu anhelante la puerta de aquel panorama inefable donde están, como en inmensa biblioteca, ordenadas y presentes todas las verdades.

Veré las inmortales
columnas do la tierra está fundada,
las lindes y señales
con que a la mar hinchada
la Providencia tiene aprisionada;
por qué tiembla la tierra,
por qué las hondas mares se embravecen;
dó sale a mover guerra
el cierzo, y por qué crecen
las aguas del Océano y descrecen...

¿Se atreverá alguno a insinuar una sonrisa maliciosa? Sí; nosotros hemos recogido la herencia de muchas generaciones científicas y filosóficas, y el índice de las verdades que Luis de León aspira a conocer es fácil que nos parezca

pequeño, ingenuo tal vez. Pero aquí lo importante es el tema del anhelo, y no la complicación o modernidad de las verdades que se anhelan. El dulce catedrático de Salamanca tiene el pudor de su estado, y no trata de exponernos con pedantería un manual de torturas intelectuales. Por su mente han cruzado más dudas y más sugerencias filosóficas de lo que su palabra recatada quiere confesarnos. Sabe él cuán profunda es su mente, y bien conoce, no los riesgos precisamente de la celosa y alerta Inquisición, sino del demonio de la duda y de la soberbia mental. Omite, soslaya, esconde esas torturas y complicaciones intelectuales, y discretamente se ciñe al argumento sencillo de su aspiración de conocer.

Quiere conocer el orden y la regla de los mundos celestes. ¿Y no basta ya? Puesto que el enigma empieza en la causa y en la finalidad de los astros, de las nubes, de los cataclismos celestes, conocido ese enigma, todo lo demás se comprende que está incluido en él.

Y la sublime alma de Luis de León no vive positivamente en la biblioteca ni en las salas de la Universidad; si esa alma posee un valor eter-

no, es porque se ha fundido en la grandeza de los campos. Así es lógica, pues, el alma beata cuando al proponer la resolución de sus enigmas, pide, como supremo gozo intelectual, que le sea dado conocer el misterio de las cosas que más ama, las cosas que representan casi toda su vida, las cosas dulces a ese místico del paisaje, tanto como místico de Dios: las estrellas, los horizontes arrebolados, las fuentes manantes, la noche profunda y la imponente majestad del día.

Quién rige las estrellas
veré, y quién las enciende con hermosas
y eficaces centellas;
por qué están las dos Osas
de bañarse en la mar siempre medrosas.

Esta oda tan interesante y extraña, por lo que tiene de aspiración intelectualista, deja que sus estrofas consuman y agoten el motivo, que es un anhelo de *conocer*, una curiosidad ferviente de hombre docto preñado de Renacimiento. Pero repentinamente el alma se recoge en sí misma y diríase que se turba, con la turbación característica del hombre muy docto que necesita oponer al demonio intelectual toda la fuer-

za de su fe. Entonces el poeta desvía y aparta vigorosamente las insinuaciones demasiado terrenas que le acosan, y su canto, desasiéndose de las sollicitaciones estoicas y horacianas, halla el ímpetu de vuelo suficiente para elevarse, como tantas otras veces, a la verdadera curiosidad del místico. Recuperando el ritmo de la angustia divina, desprendiéndose de la preocupación universitaria o de los goces panteísticos, ved al alma en la actitud de la flecha que se dirige a Dios:

Veré sin movimiento
 en la más alta esfera las moradas
 del gozo y del contento,
 de oro y luz labradas,
 de espíritus dichosos habitadas...

Mientras tanto, al verdadero místico no le interesan las verdades puramente intelectuales, ni le importa el conocimiento y la explicación de los fenómenos físicos. ¿Para qué? Está obseso por la idea de la luz divina, y el resto le es indiferente. Bastante tiene con su mundo de conflictos sentimentales y sociales. Piensa que el problema del dolor universal anula todos los otros temas, y que la esperanza de refugiarse en el foco del incendio divino vale por todas las exploraciones de lo contingente. Ni San Francisco

SANTA TERESA DE JESÚS

de Asís ni Santa Teresa de Jesús pierden nunca un mínimo de sueño por el anhelo del *conocer* intelectual y científico. Como que lo que acaso caracteriza al místico es su desconcertante falta de apetencia, de curiosidad científica.

CUARTA PARTE LA SANTA

LA INDISPENSABLE COMPOSTURA

CUARTA PARTE

LA SANTA

A ninguna institución humana se le permite entretener con la personalidad de la Santa un ser por el compromiso de pudor y de respeto. Nuestras mentes modernas pueden reaccionar sus personalidades frente a los grandes problemas religiosos creer y no creer, en este caso, es como que pertenecer al secreto de nuestra fealdad. Lo verdaderamente desconocido sería acercarse al alma de Santa Teresa con otra intención, como si existiera en un caso vulgar y de todos los días. Hay espíritus sacerdotales que nos imponen una inmediata compostura y nos obligan a descubrirnos y a bajar la voz.

— Sin duda se ha operado en los últimos tiempos un cambio de conducta frente a las nom-

XI

LA INDISPENSABLE COMPOSTURA

A ninguna inteligencia será nunca permitido enfrentarse con la personalidad de la Santa sin un previo compromiso de pudor y de respeto. Nuestras mentes modernas pueden reservarse sus pensamientos frente a los grandes problemas religiosos; creer y no creer, en este caso, es asunto que pertenece al secreto de nuestra intimidad. Lo verdaderamente desatentado sería acercarse al alma de Santa Teresa con aire frívolo, como si examinásemos un caso vulgar y de todos los días. Hay espíritus excepcionales que nos imponen una inmediata compostura y nos obligan a descubrirnos y a bajar la voz.

Sin duda se ha operado en los últimos tiempos un cambio de conducta delante de los nom-

bres, los actos y los enigmas sobrenaturales. Ya no se desea tanto destruir los símbolos ni deshonrar los prestigios grandes, como conocer la verdad; entendiéndose por verdad aquella suma variada de conocimientos que abarca desde el dato material y preciso de los fenómenos reales, hasta aquellos otros fenómenos aparentemente vagos que corresponden al mundo de la intuición, del sentimiento y de lo indiscernible o inefable.

El sistema burlón y mordiente que se hizo magistral con los enciclopedistas y culminó en el ágil ingenio de Voltaire, fué agotándose por culpa de su misma limitación o sequedad. Era un ejercicio temerario y seguramente suicida, por el cual las inteligencias más elevadas apresurábanse a reducir su propia fortuna ideal, rapando cualquiera especie de floración íntima y sometiéndose, por tanto, a una intencionada inopia. Y después, cuando se venía a los resultados, sucedía al fin que la verdad no pudo ser hallada más que a medias. Asir lo externo o el vestido de la verdad, es lo mismo que carecer de todo.

Más tarde intervino la ciencia pura, y llevada

SANTA TERESA DE JESUS

de su juvenil arrogancia, pretendió explicar los fenómenos inefables sólo con sus recursos de experimentación y sin auxilio de cualquiera otra experiencia intrusa. Era el momento brillante del naturalismo. Los gabinetes de las clínicas parecían ser la cumbre de todo conocimiento, y en efecto, asistíamos al trance conmovedor en que un hombre con gafas y blusa desinfectada ponía sobre la mesa de mármol todo cuanto el hombre consideró hasta entonces sagrado: ideas, sentimientos, amores, entusiasmos, fugas ideales, la cabeza y el corazón; todo fué sometido a un examen de clínica. Entonces surgieron los pseudo-sabios, los audaces y exitistas, que aprovechándose de la ocasión fabricaron una literatura sobre la base del científicismo experimental. Aquella literatura, salpicada de términos científicos y oliendo a clínica, puso en boga las indagaciones neuropáticas. En fin, la frase definitiva fué pronunciada: «El genio es una enfermedad.» Y enardecidos por el éxito, proclamaron que en un orden natural debemos poner al Dante junto al asesino, porque ambos participan de un mismo desarreglo nervioso. Entre los culpables de histerismo estaba Santa Teresa...

Es verdad que la Santa se adelantaba a ofrecer suficientes motivos de culpabilidad en aquel proceso estúpido. La dulce mano femenina que trazó las célebres confesiones en un estilo tan ingenuo como sublime, ¿estimó nunca que fuera prudente reservarse? Al cabo de tres siglos, unos hombres con gafas y blusa desinfectada pondrían sobre la mesa de operaciones los párrafos ingenuos de la «Vida de Santa Teresa», y los nervios de la Santa, como sus transportes celestiales, como sus éxtasis y sus ensueños, serían analizados menudamente, hasta concluir en la fórmula fatal: histerismo religioso.

La misma Santa les ofrecerá suficientes pruebas. Oigámosle (capítulo VI de su «Vida»):

«Quedé de estos cuatro días de parajismo de manera, que sólo el Señor puede saber los incomportables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida; la garganta, de no haber pasado nada y de la gran flaqueza, que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Toda me parecía estar descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza...»

He ahí, en ese *parajismo* que describe la Santa, un caso de epilepsia bien utilizable para

los famosos psiquiatras literarios. Teresa de Jesús ofrecerá infinitos datos de igual gravedad. Véase este otro (capítulo X de su «Vida»):

«Tenía yo algunas veces, como he dicho (aunque con mucha brevedad pasaba), comienzo de lo que ahora diré. Acaeciame en esta representación que hacía, de ponerme cabe Cristo, como he dicho, y aun algunas veces leyendo, venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, o yo toda engolfada en El...»

Ahora bien: si en estos pasajes nos concretamos a una observación superficial, y será siempre superficialísima toda observación que se ciña a lo inmediatamente material; si en estas confesiones de un alma sutilizada por todas las experiencias de lo inefable, apelamos al histerismo, ¿habremos descubierto alguna vía seria y que merezca considerarse? Porque el histerismo, en el concepto de decadencia, y menos en el sentido de ludibrio, y menos aún en la acepción de inferioridad, no quiere decir nada. Porque sabemos de seguro que si al mundo le hubiese faltado por azar eso que groseramente

y en bloque se llama histerismo, ni el arte, ni la invención, ni lo heroico, ni nada extraordinario y sublime existirían.

El histerismo por sí solo no expresa, no define nada. Únicamente necesitamos saber, en cada momento, qué proyecciones o fines representa esa *irregularidad*; si tiende a lo alto y eficaz, o a lo ridículo y nulo. La niña coqueta que fastidia a sus parientes y amigos, es histérica y merece que la omitamos de nuestro interés; también es histérico y epiléptico el monstruo que perpetra crímenes de estupro y asesinato. Pero en seguida nos hallamos frente al genio creador, el héroe, el místico, y entonces comprendemos que es inútil cuanto se ha divagado en los últimos lustros acerca del histerismo en arte y en religión.

Lo indudable es que nadie se ha remontado tan lejos ni ha penetrado tan dentro del infinito como los místicos, hasta conseguir desdoblar el alma y hacer de ella dos: una que queda asida a lo cotidiano, y la otra que asciende como un hilo de incienso hacia las esferas imponderables.

¿Qué cosa es esa fuga del alma, temblorosa

SANTA TERESA DE JESUS

flecha dirigida al infinito? ¿Qué misterio de visión y de claridad es éste? ¿Qué pensar de las desconcertantes palabras de Santa Teresa, cuando con aire sencillo nos revela «que en ninguna manera podía dudar que (Dios) estaba *dentro de mí, o yo toda engolfada en El*?...

LAS VERDADES ELECTIVAS

(La verdad es una propiedad nuestra. Una verdad es nuestra, o no existe.)

Para que un hombre moderno, regularmente democrático y progresista, pueda comprender y justificar el acto esencial del místico, o sea la renuncia, sin duda es indispensable un esfuerzo nada común. La vida presente, con sus energías invitaciones al libre y máximo ejercicio de todas nuestras posibilidades personales, convierte la renuncia del místico en algo que linda con lo monstruoso; en cuanto a nuestras ideas, ellas han atravesado por densísimas zonas de crítica experimental para que se resignen a someterse a un criterio de limitación inexorable.

XII

LAS VERDADES ELECTIVAS

*(La verdad es una propiedad nuestra. Una
verdad es nuestra, o no existe.)*

PARA que un hombre moderno, regularmente democrático y progresista, pueda comprender y justificar el acto esencial del místico, o sea la renunciación, sin duda es indispensable un esfuerzo nada común. La vida presente, con sus enérgicas invitaciones al libre y máximo ejercicio de todas nuestras posibilidades personales, convierte la renunciación del místico en algo que linda con lo monstruoso; en cuanto a nuestras ideas, ellas han atravesado por demasiadas zonas de crítica experimental para que se resignen a someterse a un criterio de limitación inexorable.

Sin embargo, decidámonos a adelantar una sospecha. Esta conjetura consistiría nada menos que en suponer que el hombre llamado moderno, y cuanto más moderno mejor, se hallará tal vez en adelante especialmente acondicionado para comprender ciertos hechos, como el religioso, que la razón experimental había casi relegado al terreno de las ingenuas o de las tenebrosas imposturas. Una inteligencia, digamos mejor una sensibilidad, que haya cursado la curva trascendente de las teorías y se halle, en fin, «de vuelta», está en disposición de osar las más graves comparaciones y, por tanto, las más inesperadas rectificaciones.

Es frecuente que el hombre llegue a perder el sentido y la emoción de lo sublime, por la misma frecuentación de lo sublime, por estar demasiado dentro del foco subliminal. También es frecuente que un espíritu crítico, después de pasar por la zona tórrida de la negación apasionada y por el período de frialdad perfecta, llegue, cuando como si dijéramos está volviendo de su viaje, a un momento en que el Cristianismo lo «revea», lo «resienta», no como mero creyente cotidiano, sino como al fenómeno que se había

sobrepasado y olvidado, y que ahora se descubre envuelto en una extraña irradiación.

Entonces, revisto así el fenómeno religioso, causa a la mente tanta sorpresa como inquietud. Desde luego nos avergonzamos de aquella petulancia a lo enciclopedista con que lo habíamos condenado como inepto, como sandio. Y los pasajes que considerábamos en la adolescencia con un poco distraída fe de creyentes habituales, ahora los vemos vestidos de una belleza y una intención que nunca alcanzamos a ver.

En fin, el hecho cristiano adquiere entonces una importancia, una hondura, y sobre todo una emoción de tal calidad, que la mente que ha cursado la curva entera queda decisivamente absorta. Una nueva duda (la propia duda que vuelve, *desandando su camino*) comienza, pues, su obra. ¿Eso no era la verdad?... Bien; pero por lo pronto es algo que ha nacido de la verdad, de la gran verdad inmanente y misteriosa que dirige al mundo. Y ha *visto* en algún modo la verdad, puesto que expresa las ansias y los atisbos más esenciales del espíritu elevado. Sólo por el contacto del vulgo ha debido alejarse el

Cristianismo de la verdad. Y esa es la gran falla del Cristianismo, el cual, contra la tradición de todas las religiones orientales, hubo de arros-
 trar la revolución democrática y se privó de la reserva esotérica. Abierto democráticamente a todos los hombres, cultos o groseros, el Cristianismo lucha desde el primer día con la contrariedad de tener que vestir los misterios inefables con palabras y símbolos que comprenda el vulgo. Las verdades inefables no pueden ser nunca democráticas. Obligado a interesar al vulgo, el Cristianismo ha perdido a veces el contacto con la Ciencia y con las regiones altas del pensamiento.

Ahora bien: fatigado el hombre por el despotismo de una ordenación puramente intelectual, puede ocurrir que la verdad no le interese por ella sola, y que rechace las verdades que vienen a nosotros como simples abstracciones, como productos escuetos de las oficinas cerebrales, y no como verdades que poseen una vida que está en relación inmediata con nuestro individuo, nuestro interés y nuestros anhelos personales.

A mí me *conmueve* la verdad; cualquiera ver-

dad que no consigue conmoverme es ajena a mi persona. Con esto queda dicho ya que las verdades no son nunca abstractas o neutrales; las verdades son nuestras o no existen. Hay verdades, en efecto, que se acoplan a nuestra persona y se funden en ella: son las verdades nuestras; las otras son mostrencas, extranjeras, hospicianas. La verdad que se dirige a mí y que penetra en mí como un rayo ardiente: ésa me preocupa y a ésa le ofrezco mi amor.

El tono de cada verdad, por tanto, es lo importante. El tono elevado, noble, de una verdad susceptible de llegar al fondo emocionado del ser: ese tono marca la eficacia de una verdad y nos indica que la verdad está hecha para nosotros.

Las verdades, puesto que son prácticamente subjetivas y personales, se diferencian por el tono y por la expresión. Una verdad fea, plebeya y deprimente se hallará siempre en mi intelecto con carácter precario; otra verdad noble y alentadora, aunque racionalmente sea acaso menos verdad, encuentra propicio todo mi ser y en él se alberga. La verdad de Asís me conforta más que la de Calvino, y las verdades de Zola

y Lombroso las miramos con reserva o deseamos que se alejen de nuestro mundo ideal. Por eso una verdad dudosa, como el Sermón de la Montaña, vive dos mil años con vida enormemente activa, mientras otras verdades, ciertas y contrastadas, viven lánguidamente. El propio Catolicismo, ¿se sostiene tal vez por la verdad, o más seguramente y casi exclusivamente por su sentimiento, su dignidad y elevación?

Estas reflexiones nos servirán de valiosa ayuda cuando nos propongamos sinceramente la explicación del fenómeno religioso. Comprenderemos entonces que una persona cuya voluntad de creer sea bastante firme puede llegar sin esfuerzo a una instintiva y voluntaria excogitación de la verdad que esté más a tono con su naturaleza, y que habiéndola preferido una vez, gradualmente la absorbe, la afina y la hace penetrar cada vez más hondo en el mundo de su propia lógica.

Insistamos todavía un poco en este tema.

Un racionalismo imperioso nos ha obligado a creer que toda idea que nuestra razón *comprende* ya es desde luego apta para ingresar en la realidad. Se descuida el decirnos que una ver-

dad puede ser comprendida por nosotros, sin que esto implique la obligación por nuestra parte de absorberla y vivirla.

Sin duda hay una razón abstracta y otra real; una ideal y otra material; una teórica y otra positiva, instintiva. Vemos al joven razonar ante la idea de la muerte de modo que reconoce la necesidad ineludible de morir, pero sintiendo a la vez instintivamente que la muerte se aplazará para él hasta el infinito, o que la ley no se cumplirá nunca en su caso. De todas maneras, el morir es algo que para él carece de sentido. Considera la idea de la muerte como los problemas algebraicos que resuelve sobre el encerado en su cátedra de la Universidad.

Así también el jugador con éxito, cuando pasa la ráfaga afortunada, comprende y reconoce la razón de perder, o sea la lógica de la igualdad, en el infinito, de las posibilidades adversas o afortunadas; pero en el fondo siente que el perder es irrazonable, y que él, por lo menos él entre los demás jugadores, ganará siempre.

De pronto nos asalta, como un tigre saliendo de la espesura, una pérdida dolorosa o un fracaso trágico en nuestros proyectos materiales o

morales. La muerte de un ser querido, por ejemplo, nos pone bruscamente delante de la verdad real, material, positiva, instintiva. Esta clase de razón es la *nuestra*, y sentimos que está hecha para nosotros. Es una razón que brota de nosotros mismos, hecha carne nuestra. He aquí, en suma, que podemos distinguir, bien amargamente, la razón *vivida*, al contrario de la otra, que es ajena y exterior como un brillante problema algebraico.

En cuanto al hecho de la «renunciación», por la cual cede el místico las posibilidades placenteras que le ofrece la vida, ya no será tan difícil explicarlo, siempre que conozcamos prácticamente la transcendencia de estos dos motivos eternos: el terror y el dolor.

Cuando se quiebran a la vez varios de los soportes de nuestra felicidad, nos damos cuenta, o nos parece así, que nuestra vida está pendiente de hilos frágiles en equilibrio sobre la catástrofe y azotada por el soplo del azar. Nuestra vida y todo cuanto de estimable poseemos en ella, no la consideramos entonces como una cosa ancha, lógica, alzándose sobre una base real; la vemos, digámoslo otra vez, como en un zozobran-

equilibrio. Amistades, fortuna, salud, hijos, honores, crédito, todo eso se nos presenta en calidad precaria; son los soportes vacilantes que el azar puede romper a cada momento. En ocasiones fallan varios soportes a la vez, y entonces nuestra vida nos da la sensación de algo que está derrumbándose sin remedio, como un castillo de naipes...

Este pánico de quien se siente hundirse, porque las realidades del terreno le fallan bajo los pies, éste es el pánico que principalmente y también lógicamente ha procurado explotar la Iglesia. El místico posee, por su misma extraordinaria sensibilidad, un poder más grande para sentir la alucinación del pánico transcendental. El primer gran dolor diríase que le ilumina sobre el sentido de la existencia, e inmediatamente que ha comprendido la entraña del gran engaño, corre a salvarse en lo que considera firme y sincero. Y es claro que no vacila ni sufre pena alguna al entregar, por lo que cree firme y sincero, lo que sabe es engañoso y fragilísimo.

XIII

EL ÉXTASIS DIVINO

TAL como ella misma nos lo refiere, el *proceso* de la santidad tiene en Santa Teresa un sabor dramático, como una verdadera lucha anhelante del alma que aspira a la elevación. La vida de perfecta santidad no es en Teresa de Jesús algo que brota suavemente y por favor apresurado de la gracia divina; es más bien la historia, bien antigua por cierto, de la voluntad humana y de los esforzados trabajos del hombre, tendidos en un ansia de superación.

La joven Teresa recorre toda la escala de los sufrimientos morales, de la impotencia y de la insipidez del espíritu, antes de que el Cielo termine por premiar sus fatigas y le abra el recinto de la gloriosa beatitud. Sus años juveniles trans-

curren en una lucha de todos los días, y el alma anhelante tiene que probar las más desapacibles alternativas, desde la inapetencia y el decaimiento, hasta la dolorosa falta de oración, que ella misma se impone a veces.

La espantosa enfermedad que la acomete, apenas ingresada en el convento, no basta a reducir su naturaleza; sufre horribles males físicos durante varios años, y en uno de los trances está a punto de morir; pero sale de la enfermedad con la misma ineptitud mística de otras veces. Y es en vano que recurra a todos los medios de devoción, a todas las prácticas ascéticas, porque su naturaleza persiste en aferrarse al mundo. El hielo de la realidad no quiere abrirse, y Dios retarda siempre el momento de comunicarse con el alma inapetente.

Es preciso que la juventud pase. Cuando Teresa trasciende la edad difícil y entra en el período de la madurez, diríase que entonces halla la naturaleza ocasión de desentumecerse. La realidad cede al fin. Y toda su persona, al perder la contumacia y el brío díscolo de la juventud, se hace propicia a los fenómenos inefables.

«Tenía yo algunas veces, como he dicho

(aunque con mucha brevedad pasaba), comienzo de lo que ahora diré. Acaeciame en esta representación que hacía de ponerme cabe Cristo, que he dicho, y aun algunas veces leyendo venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, o yo toda engolfada en El. Esto no era manera de visión, creo lo llaman mística teología: suspende el alma, de suerte que toda parecía estar fuera de sí. Ama la voluntad, la memoria me parece está casi perdida, el entendimiento no discurre a mi parecer, mas no se pierde; mas, como digo, no obra, sino está como espantado de lo mucho que entiende; porque quiere Dios entienda que de aquello que su Majestad le representa ninguna cosa entiende» (1).

Aquí empiezan, pues, los éxtasis y las visiones. Una nueva vida, de una increíble actividad interior, comienza para la Santa. Ha pasado felizmente el período de la sequedad. Puede fundirse en Dios desde ahora, sintiendo que está Dios dentro de ella, o que toda ella está engolfada en Dios. El temperamento religioso, por

(1) *Libro de su Vida*. Cap. X.

una gimnasia de muchos años y porque la juventud briosa y exigente ha desaparecido, se ablanda y se enternece. La vida mística, después de tantos afanes, ha sido conquistada.

¡Pero qué vida de visiones y de éxtasis divinos tan extraordinaria! Es tan notable, que adquiere la categoría de un *caso*, tal vez único o uno de los más típicos en la historia mística. En efecto, la celebridad de Santa Teresa proviene ante todo de la abundancia y la intensidad de sus alucinaciones y de la sublime e ingenua belleza con que son relatadas.

También en este caso, la *gracia teresiana* es el agente que se introduce para formar la narración mística más entrañable, inefable y encantadora. No es sólo el hecho en sí lo que nos impresiona, sino la manera divinamente femenina en que es expuesto. Y no es sólo que al leer a la Santa comprendamos lo que nos refiere; es que sin proponérselo ella nos convence de cómo se halla en trance de sublime inspiración, de arrebató ultra-terrestre. En esos momentos narrativos, su pluma llega a sorprendentes perfecciones, vibrante y lírica. «Es como uno que está con la candela en la mano, que le falta poco para

morir muerte que la desea. Está gozando en aquel agonía con el mayor deleite que se puede decir: no me parece que es otra cosa, sino un morir casi del todo a todas las cosas del mundo, y estar gozando de Dios. Yo no sé otros términos cómo lo decir, ni cómo lo declarar, ni entonces sabe el alma qué hacer; porque ni sabe si hable, ni si calle, ni si ría, ni si llore. Es un glorioso desatino, una celestial locura, adonde se desprende la verdadera sabiduría, y es delectosísima manera de gozar el alma...» (1).

Más adelante sube de tono, y, toda llena de ternura, se entrega a un canto de amor:

«Acaéceme muchas veces, cuando acabo de recibir estas mercedes, o me las comienza Dios a hacer (que estando en ellas, ya he dicho que no hay poder hacer nada), decir: Señor, mirad lo que hacéis, no olvidéis tan presto tan grandes males míos, ya que para perdonarme los hayáis olvidado, para poner tasa en las mercedes os suplico se os acuerde. No pongáis, Creador mío, tan precioso licor en vaso tan quebrado, pues habéis ya visto de otras veces que lo torno a de-

(1) *Libro de su Vida*. Cap. XVI.

rramar. No pongáis tesoro semejante adonde aun no está, como ha de estar, perdida del todo la codicia de consolaciones de la vida, que lo gastará mal gastado. ¿Cómo dais la fuerza desta ciudad, y llaves de la fortaleza della, a tan cobarde alcaide, que al primer combate de los enemigos los deja entrar dentro? No sea tanto el amor, oh Rey eterno, que pongáis en aventura joyas tan preciosas. Parece, Señor mío, se da ocasión para que se pongan en poco, pues las ponéis en poder de cosa tan ruin, tan baja, tan flaca y miserable, y de tan poco tomo; que ya que trabaje para no las perder con vuestro favor (y no es menester pequeño, según yo soy) no puede dar con ellas a ganar a nadie. En fin, mujer y no buena, sino ruin. Parece, que no sólo se esconden los talentos, sino que se entierran en ponerlos en tierra tan astrosa» (1).

Después la Santa se arriesga a definir la diferencia que hay entre la «unión» y el «arrobamiento», al que también llama «éxtasis». Leamos este pasaje, por lo que tiene de representativo.

«Aquí no hay remedio de resistir, que en la

(1) *Libro de su Vida*. Cap. XVIII.

unión, como estamos en nuestra tierra, remedio hay: aunque con pena y fuerza, resistirse puede casi siempre. Acá las más veces ningún remedio hay, sino que muchas, sin prevenir el pensamiento ni ayuda ninguna, viene un *impetu tan acelerado y fuerte, que veis y sentís levantarse esta nube, o este águila caudalosa y cogeros con sus alas*. Y digo, que se entiende y veis os llevar, y no sabéis dónde; porque aunque es con deleite, la flaqueza de nuestro natural hace temer a los principios; y es menester ánima determinada y animosa, mucho más que para lo que queda dicho, para arriesgarlo todo, venga lo que viniere, y dejarse en las manos de Dios, e ir adonde nos llevaren de grado, pues os llevan aunque os pese; y en tanto extremo, que muy muchas veces querría yo resistir, y pongo todas mis fuerzas, en especial algunas, que es en público, y otras hartas en secreto, temiendo ser engañada. Algunas podía algo con gran quebrantamiento; como quien pelea contra un jayán fuerte, quedaba después cansada; otras era imposible, sino que me *llevaba el alma, y aun casi de ordinario la cabeza tras ella, sin poderla tener, y algunas todo el cuerpo, hasta levantarle*. Esto ha sido po-

cas, porque como una vez fuese adonde estábamos juntas en el coro, y yendo a comulgar, estando de rodillas, dábame grandísima pena; porque me parecía cosa muy extraordinaria, y que había de haber luego mucha nota; y así mandé a las monjas (porque es ahora, después que tengo oficio de priora) no lo dijesen. Mas otras veces, como comenzaba a ver que iba a hacer el Señor lo mismo, y una estando personas principales de señoras (que era la fiesta de la vocación) en un sermón, tendíame en el suelo, y llegábanse a fernerme el cuerpo, y todavía se echaba de ver (1).

Delante de esas visiones divinas, nosotros, hombres modernos que hemos navegado por todas las conjeturas intelectuales, nos encontramos en una posición incómoda. Negar esos hechos nos resulta frívolo; y para aceptarlos necesitaríamos proceder a graves renunciaciones...

(1) *Libro de su Vida*. Cap. XX.

Las visiones místicas nos ponen otra vez (1) en el caso de tener que dividir a los hombres en castas, en grupos psicológicos, en familias temperamentales. El místico pertenece a una categoría de seres fatalmente conformados para sentir y practicar la vida religiosa, como existe el tipo racial del artista y del negociante. Así, lo mismo que sería ocioso pedir al verdadero negociante que comprendiese los inefables transportes a que se abandona el poeta, es ridículo esperar que la masa de gente, y mucho más la gente contemporánea, comprenda los éxtasis del santo.

El místico es un temperamento, y sólo puede esperar que corroboren sus visiones aquellos seres que participan de su mismo temperamento. Por tanto, si a nosotros se nos ha negado la naturaleza profundamente religiosa, es en balde que nos obstinemos en querer comprender lo que Santa Teresa, por ejemplo, narra como la cosa más lógica del mundo.

Esto, a pesar de su sencillez, se olvida con mucha frecuencia hasta por los espíritus más sa-

(1) *Espiritu Ambulante.*

gaces y honrados. Tal vez sea a causa de la preocupación, existente en los mismos espíritus elevados, de que los hombres somos iguales orgánicamente y sólo nos diferencia la cultura. En virtud de esta preocupación de igualdad específica, se llega a creer que por intermedio de una inteligente labor cultural, todos los hombres pueden llegar a un nivel casi uniforme de comprensión. Pero la verdad es, hay que repetirlo obstinadamente, que los hombres se dividen en castas, en razas, en familias temperamentales, y que toda la voluntad del mundo, aplicada a convertir un temperamento grosero en otro artista, será inútil.

Quien no sea, pues, de naturaleza profundamente religiosa, no comprenderá nunca las visiones, los éxtasis divinos de Santa Teresa. La única actitud que en ese trance nos corresponde, es la de respetar el hecho y considerarlo como un episodio que acciona en una esfera intelectual distinta de la nuestra. Esta actitud, a poco que recapitulemos, la estamos adoptando constantemente con otros muchos hechos o episodios de la vida. Una persona que detesta la música no cometerá la indiscreción de injuriar a los que la

SANTA TERESA DE JESÚS

aman, ni se reirá de ellos, ni mucho menos dirá que el placer y el transporte que procura la música no existen, y que los devotos de la música son unos farsantes.

*

Quando vemos los cambios de humor y de conciencia del alma religiosa, tal como Santa Teresa nos los describe, sospechamos con bastante motivo que tales estados de alma, esos decaimientos que tanto la asustan, porque pudieran ser victorias del demonio; esas exaltaciones seguidas de una horrible inapetencia espiritual; el no ver a Dios, horas después de haberse con él comunicado; que todo eso no es extraño a cuantos someten sus nervios a duras pruebas. A los artistas principalmente.

Los altibajos del humor en el artista, la falta de inspiración, el creerse abandonado de la inteligencia creadora, esas crisis tan naturales como desconcertantes y terribles, ¿no son las mismas crisis que el místico sufre? El místico se abandona a una enorme maquinación cerebral, a una verdadera idea fija, obsesionante, y sobre todo a una actividad sentimental, neurótica, con ex-

clusión de la actividad física o muscular. Los éxtasis que Santa Teresa nos describe podemos incluirlos en la categoría de la inspiración artística. Los antiguos, Platón entre ellos, consideraban esa inspiración creadora del poeta como un modo de enajenación en que el ser es arrebatado en la ráfaga de los dioses.

A los artistas principalmente.

Los alfileres del humor en el artista, la falta de inspiración, el creerse abandonado de la inteligencia creadora, esas crisis tan naturales como desconcertantes y terribles, ¿no son las mismas crisis que el místico sufre? El místico se abandona a una enorme inquisición cerebral, a una verdadera idea fija obsesiva, y sobre todo a una actividad sentimental, neurótica, con ex-

XIV

LA CARIDAD

Paréceme tengo mucha más piedad de los pobres, que solía, teniendo yo una lástima grande y deseo de remediarlos, que, si mirase a mi voluntad, les daría lo que trayo vestido. Ningun asco tengo de ellos, aunque los trate, y llegue a las manos; y esto veo es ahora don de Dios, que aunque por amor de Él hacia limosna, piedad natural no la tenía. Bien conocida mijoría siento en esto.

..... es así, que entre mí me deshago, porque me parece todos los agravios de tan poco tomo los de esta vida, que no hay que sentir; porque me figuro andar en un sueño, y veo que en despertando será todo nada.

(Libro de las Relaciones, II.)

EN un capítulo anterior hemos visto cómo era de graciosa y alegre Santa Teresa; cómo su ánimo se hallaba reconfortado frente a las duras

pruebas de la vida. Esto es imposible atribuirlo a la insensibilidad, porque sería una suposición sencillamente monstruosa. Entonces nos hace falta recurrir a otras pruebas.

Pero una de las pruebas más conocidas, por lo mismo que está continuamente verificándose en casos numerosos, es la que nos dice que la persona religiosa consigue, aparte de lo que pueda lograr en la vida eterna que presupone, la paz y hasta el placer en este mundo terreno. De manera que una persona religiosa, después de abominar del mundo y cuando todo lo subordina a la felicidad ultraterrena, lo que en efecto logra es la dicha mundanal.

A través de los peores trabajos, su alma conserva siempre un don de esperanza, un equilibrio, una serenidad que le procuran la dicha moral. Es porque posee soluciones para todos los casos, especialmente para los principales casos de la vida.

Entre los más principales, tal vez el primero, señalemos el dolor que se deriva de la miseria, de la debilidad, de la pobreza, del abandono, del ludibrio. El ser religioso no duda frente a este caso; está resuelto pronto, y es además una

SANTA TERESA DE JESÚS

de las primordiales experiencias a que le somete su fe. Frente al dolor opone la *caridad*.

En otro tiempo ha tenido la caridad un valor todopoderoso; ella ha reinado sobre los hombres durante muchos siglos, formando casi en absoluto el fondo social del pueblo. Ahora su reinado ha desfallecido. Al nombre de la caridad reaccionan los hombres negativamente, y en vez de amor provoca la protesta. Es la palabra *derecho* la que acude a los labios con temblor de ira. Diríase que el concepto de la caridad hubiese fracasado como fuerza social, a la manera del concepto monárquico puro o de la teoría jerárquica de la nobleza.

Combatir el dolor es la tarea dura y noble que se nos ha dado a los nacidos. Pero no vale combatirlo privada y egoístamente en nosotros, porque mientras exista en los demás, nos ha de herir por rebote y por reflejo; hay que combatirlo en todas partes. Este es el sentido de las leyes, de los sistemas y doctrinas, tanto religiosos como filosóficos, que se ensayan en aminorar el dolor social.

Hay momentos en que todas nuestras poten-

cias espirituales y cordiales afluyen a un punto determinado de miseria o de infelicidad, y quiéramos entonces poseer la virtud de un Dios, o siquiera de un potentado, para remediar seguidamente el infortunio ajeno que llora a nuestro lado. El gesto de inferioridad, de frío, hambre o desamparo, nos irrita como con espinas lacerantes el corazón, y el corazón, en efecto, lo sentimos temblar y humedecerse con una angustia que nuestros recursos limitados hacen todavía mayor.

Un espectáculo de ludibrio y de miseria nos acongoja hasta las entrañas del ser. Pero en seguida se agrava nuestro mal, porque al intervenir el intelectualismo, éste nos pone enfrente de la limitación, de la imposibilidad... Nosotros hacemos pasar el fenómeno de la miseria humana por la criba de la razón y de la experiencia científica, y pronto tropezaremos con el fracaso filosófico. Mientras tanto, el socialista cierra con llave a la ciencia y se encomienda a la necesidad imperiosa: quiere el placer, y no duda en conquistarlo. Por su parte, el místico no halla ningún estorbo y es el que más desembarazadamente actúa dentro del mundo del dolor, del

mal y de la injusticia, puesto que su fe le adelanta la solución: amor, caridad.

El mendigo, el ciego, el abandonado, no son los que nos apenan propiamente: al cabo, una idea de piedad fatalista nos dice que la muerte les dará el reposo con la misma amplitud que a los reyes y a los millonarios. Nuestra pena desesperada nace de considerar lo inútil del esfuerzo... ¡Nunca podrá ser remediada la miseria! En vano se movilizarán todas las piedades, todas las leyes de los hombres!

Por ligeramente que hayamos rozado los principios experimentales de la ciencia, sabremos que hay en el universo una ley positiva por cuya causa la vida de los seres y de las cosas gira alrededor de una máxima necesidad: la lucha. Este combate, que igual afecta a la célula invisible como al más poderoso imperio político, se funda en la necesidad de existir, y hasta hoy, efectivamente, no se ha inventado algún organismo vital cuya existencia no dependa de la muerte de otro ser: sin contar la pugna de las vanidades, de las voluntades, de las pasiones.

La miseria es el resultado de aquella ley universal que impone la lucha y la competencia a

los seres animados. Las vidas se gastan por abuso; otras no llegan a su madurez eficaz por infinitos fracasos. Y esas vidas fracasadas, orgánicamente inferiores, son las que llenan de dolor el mundo, y son las que pensamos que nadie podrá nunca evitar.

Esas vidas insuficientes son las que proveen a la sociedad, no sólo de mendigos y asilados, sino de incompletos operarios, de incompletos empleados, de ciudadanos inferiores. Son los seres rotos o semirrotos que no logran dar el salto hacia adelante. Con ellos se forman las muchedumbres asalariadas, los enormes grupos gregarios, el peso muerto de la sociedad. De su seno salen las orfandades indigentes, los familias incapaces, los vencidos, la carne de miseria y deshonra. Y es así cómo la sociedad civilizada asume positivamente el carácter de un gran asilo, en donde los aptos por naturaleza protegen, después de dominarlos y aprovecharlos, a los infinitos incapaces.

Pues bien: todo el esfuerzo de los reformadores se dirige, sobre todo desde hace siglo y medio, a procurar que desaparezca el privilegio de los aptos y se democratice el usufructo de la fe-

licidad. Este ansia de justicia, bella como aspiración, es antibiológica. Por unas leyes que nacieron de una revolución se pretendía hacer a todos los hombres iguales, aptos a todos los hombres... Está bien. Caen los privilegios, se expulsa a los nobles, pasa el dominio a los ciudadanos, e inmediatamente acude la biología. Todos los hombres no son igualmente aptos. Y en la lucha de competencias, los inaptos ceden el puesto a los fuertes, a los ambiciosos, a los ahorradores, a los egoístas y a los inteligentes. El conde queda substituído por el burgués.

En vista de esta decepción, el socialismo quiere refrendar el sistema. Puesto que se inmiscuyen los elementos malignos en forma de egoístas y acaparadores, conviene cerrar mejor las rendijas, para que ningún privilegio se insinúe. Es preciso expulsar al burgués. Hace falta «igualar» rigurosamente a todos los hombres... Ante esa hipótesis del porvenir, continúa lastimándonos la idea de que el nuevo sistema no habría corregido las leyes naturales. Seguirían sucediéndose los inaptos, los fracasados, los insuficientes.

Observemos ahora cómo frente al problema

del dolor social se forman tres bandos: uno que procura huir de la responsabilidad, y éste es el egoísta; otro que trata de vencer al dolor, por la violencia o por la reflexión, y en él van el socialista y el filósofo; otro bando, en fin, está formado por los místicos y los ascetas, los cuales oponen al dolor la caridad.

Y Toman, pues, unos hombres el partido de considerar la vida al modo, simplemente, de los animales de presa; en los últimos tiempos tuvo su apóstol esta clase de interpretación vital en la mente apasionada y alucinada de Federico Nietzsche. La vida en toda su plenitud; la vida grande a toda costa; un plan de vida superable, sin detenerse a mirar la miseria de las voluntades morbosas.

Para ingresar en este bando no es indispensable poseer el alma acerada y genialmente egoísta de un César, un Borgia o un Napoleón. Caben en él los individuos de «moralidad legal». A veces no es el egoísmo consciente ni la manifiesta dureza lo que hace al hombre amar la vida potencial, trepadora y gozosamente egoísta; un temperamento fogoso, un organismo sano y exuberante impulsan a una conducta adquisitiva y

dominadora. El mero comerciante que llega a la fortuna y es lo que se llama un honrado ciudadano, ya está incluso en el bando de los sensuales o egoístas. Estos ponen frente a la vida todas sus potencias de fuerza, de alegría, de optimismo conquistador, y en realidad se sienten empujados a aprovecharse de la inferioridad de los otros.

¿Qué hará la filosofía frente al dolor? De lejos llega el estoicismo; llega todo preocupado por la idea del sufrimiento. Sus lucubraciones se dirigen casi en absoluto a poner la voluntad y la inteligencia humanas en actitud tensa de lucha contra el dolor. La idea fija del estoico es que la vida está embarazada por el sufrimiento; el placer no lo cuenta, porque entiende que es irreal y negativo; su objeto se limita a suprimir, a alejar el dolor.

Pero todo lo más que consigue es alejar el sufrimiento de su persona. Para llegar a este resultado ha debido exaltar su voluntad egoísta, haciendo de su ser un mundo aparte, autónomo, en mitad de las tempestades del mundo. Sitiado en su torre de marfil, cuando haya podido suprimir el dolor en su persona, ¿habrá logrado tam-

bién extirpar la sensibilidad? ¿Será tan perfecto su egoísmo, que le inmune contra el dolor del dolor ajeno?

El epicúreo se enfrenta también con el dolor y le arma batalla. Piensa como el estoico que el sufrimiento es la máxima realidad de la vida; pero sin resignarse a la actitud pasiva o defensiva del estoico («sufre y abstente»), el epicúreo no renuncia al placer y lo busca, siempre que no sea a costa del dolor.

«El secreto de los placeres—dice el propio Epicuro—está en la supresión de todo lo que cause sufrimiento.» Pero este plan de guerra contra el dolor es tan individual, tan egoísta y, sobre todo, tan frío, que sus éxitos sólo podemos contarlos entre algunos espíritus excepcionales. Su eficacia social es nula; no proporciona el bien más que en aquellos casos raros de inteligencia que por su excepcionalidad ya no necesitan conductores. Ahora bien: cuando una doctrina antidolorosa no tiene virtud curativa universalista o social, carece desde luego de eficacia. Porque si «el secreto de los placeres está en la supresión de todo lo que cause sufrimiento», claro es que nuestro dolor individual no será

curado mientras exista el espectáculo del dolor en los otros. Sólo una naturaleza monstruosa puede sentirse feliz entre los sufrimientos ajenos.

En fin, el místico mira el dolor en la vida y no pretende huir; se sumerge dentro del propio dolor. Tanto se sumerge, que considerado desde fuera sugiere la idea de la voluptuosidad; diríase que se goza en el dolor, y no pocas veces la piedad mística ha solido producir hasta repugnancia.

La vida es un fracaso. Ve en el mundo nada más que una ilusión, donde si existe la realidad, ésta se manifiesta por el sufrimiento, la enfermedad, la miseria, la injusticia y la muerte. La vida es para él una cosa acerba que sólo puede mejorarse con el amor. Con la caridad.

Sabe que su dolor personal es un reflejo del de los otros hombres, y por esto se apresura a combatir al enemigo con decisión valerosa. Lo busca fuera de sí, dondequiera que esté. Y por esta simple operación de táctica, que los métodos militares establecen como un principio racional de guerra, el espíritu piadoso, encendiéndose de amor por los desgraciados y yendo en busca del dolor para curarlo o consolarlo, logra

el éxito que nadie pudo conseguir antes: mata el dolor en su persona. Sin proponérselo, hasta a pesar suyo, ha arrojado al dolor de sí mismo, y purificando su vida, la llena de una inmarcesible dulzura.

Miremos la caridad en la pureza sublime; considerémosla en sus efectos prácticos; pesémosla, contrastémosla entre el fárrago de teorías que van y vienen, y preguntémos al fin: ¿tal vez no habrá sido la caridad la tentativa más aproximada que ha realizado el hombre para remediar, ya que suprimir no es posible, ese verdadero pecado original de las criaturas, el Dolor?

Hay en la Naturaleza fallas que no pueden corregirse por la justicia; se ha necesitado inventar un procedimiento aproximativo, que sustituya la incapacidad de la justicia: he ahí el Amor.

XVI

EL MISTERIO DEL AMOR

EN el capítulo V del *Libro de su Vida* hay un pasaje de tanto interés, que no queremos pasarlo sin tributarle especial atención. En él nos cuenta Santa Teresa un episodio de su vida monjil, cuando su espíritu contumaz y todavía rebelde resistíase a abandonarse en la ráfaga mística. Es un episodio hasta significativo por su escabrosidad, puesto que nos revela la Santa cómo la propia lujuria llegó a rodearla con su torpeza, y en la persona de un sacerdote para mayor escándalo.

Conviene que tengamos a la vista ese pasaje.

Dice así:

«Venido el tiempo, que estaba aguardando en el lugar que digo, que estaba con mi hermana

para curarme, lleváronme, con harto cuidado de mi regalo, mi padre y hermana y aquella monja mi amiga, que había salido conmigo, que era muy mucho lo que me quería. Aquí comenzó el demonio a descomponer mi alma, aunque Dios sacó dello harto bien. Estaba una persona de la Iglesia, que residía en aquel lugar adonde me fui a curar, de harto buena calidad y entendimiento: tenía letras, aunque no muchas... Pues comenzándome a confesar con éste que digo él se aficionó en extremo a mí, porque entonces tenía poco que confesar, para lo que después tuve, ni lo había tenido después de monja. No fué la afición de éste mala, mas de demasiada afición venía a no ser buena. Tenía entendido de mí que no me determinaría a hacer cosa contra Dios, que fuese grave, por ninguna cosa, y él también me aseguraba lo mismo, y ansí era mucha la conversación. Mas mis tratos entonces, con el embebecimiento de Dios que traía, lo que más gusto me daba era tratar cosas de El; y como era tan niña, hacía confusión ver esto, y con la gran voluntad que me tenía, comenzó a declararme su perdición; y no era poca, porque había casi siete años que estaba en muy pe-

ligroso estado, con afición y trato con una mujer del mismo lugar, y con esto decía misa. Era cosa tan pública, que tenía perdida la honra y la fama, y nadie le osaba hablar contra esto. A mí hízoseme gran lástima, porque le quería mucho, que esto tenía yo de gran liviandad y ceguedad, que me parecía virtud ser agradecida, y tener ley a quien me quería. Maldita sea tal ley, que se extiende hasta ser contra la de Dios. Es un desatino que se usa en el mundo, que me desatina; que debemos todo el bien que nos hacen a Dios, y tenemos por virtud, aunque sea ir contra El, no quebrantar esta amistad. ¡Oh, ceguedad de mundo! Fuerais vos servido, Señor, que yo fuera ingratísima contra todo él, y contra vos no lo fuera un punto; mas ha sido todo al revés por mis pecados. Procuré saber e informarme más de personas de su casa; supe más la perdición, y vi que el pobre no tenía tanta culpa; porque la desventurada de la mujer le tenía puestos hechizos en un idolillo de cobre, que le había rogado le trajese por amor della al cuello, y éste nadie había sido poderoso de podersele quitar. Yo no creo es verdad esto de hechizos determinadamente, mas diré esto que

yo vi, para aviso de que se guarden los hombres de mujeres que este trato quieren tener; y crean, que pues pierden la vergüenza a Dios (que ellas más que los hombres son obligadas a tener honestidad) que ninguna cosa dellas pueden confiar; y que, a trueco de llevar adelante su voluntad y aquella afición que el demonio les pone, no miran nada. Aunque yo he sido tan ruin, en ninguna desta suerte yo no caí, ni jamás pretendí hacer mal, ni, aunque pudiera, quisiera forzar la voluntad para que me la tuvieran, porque me guardó el Señor desto; mas si me dejara, hiciera el mal que hacía en lo demás, que de mí ninguna cosa hay que fiar. Pues como supe esto comencé a mostrarle más amor: mi intención buena era, la obra mala; pues por hacer bien, por grande que sea, no había de hacer un pequeño mal. Tratábale muy ordinario de Dios: esto debía aprovecharle, aunque más creo le hizo al caso el quererme mucho: porque, por hacerme placer, me vino a dar el idolillo, el cual hice echar luego en un río. Quitado esto comenzó, como quien despierta de un gran sueño, a irse acordando de todo lo que había hecho aquellos años, y espantándose de sí, doliéndose

de su perdición, vino a comenzar a aborrecerla. Nuestra Señora le debía ayudar mucho, que era muy devoto de su Concepción, y en aquel día hacía gran fiesta. En fin, dejó del todo de verla, y no se hartaba de dar gracias a Dios, por haberle dado luz.»

Frente a este pasaje del *Libro de su Vida*, otra vez nos asalta la idea, expresada ya anteriormente, de que en las revelaciones de los santos la verdad queda subordinada al grande, al único propósito de la ejemplaridad. El santo no ama la verdad en el mismo grado que ama la salvación de las pobres almas pecadoras. Antes que nada persigue y practica la predicación, por medio de ejemplos, que son los que más vivamente llegan a los espíritus. A veces, para que el ejemplo tenga mayor energía y virtud impresionante, el santo catequizador hace el sacrificio de su persona y se ofrece gustoso como protagonista de un horrible lance de pecado.

¿Qué hay de cierto en ese episodio? ¿Cuánto deberemos suprimir de él, y cuánto respetar como verídico? Se observa un poco excesivamente el amaño, y vemos al predicador perseguir la ejemplaridad por medio del terror que se

desprende de las tintas muy recargadas. Desde luego, los hechizos y el idolillo y demás brujerías hay que cargarlas a la cuenta de la ñoñez, y olvidarlas pronto por vergüenza.

Pero después que expurguemos discretamente el episodio, siempre quedará una parte substancial, un hecho cierto. Y sin duda es verdad que había en aquel pueblo adonde fué llevada por su padre la novicia Teresa, muy frágil entonces de salud, un sacerdote lujurioso, concupiscente, bastante buen letrado y tal vez incrédulo. Como también es verdad que la novicia Teresa era por aquel tiempo una muchacha bien parecida, pero más que nada viva de imaginación, nerviosa, interesante, inteligente y con la rara cualidad de producir expectación en las personas que la rodeaban.

Para el sacerdote concupiscente y letrado, verdadero fruto del Renacimiento, la aparición de Teresa en el rústico lugar fué una fortuna. Pronto sus pláticas de confesonario se hicieron conversaciones intelectuales, en las que departían lo mismo de Dios como de los mil pormenores de la inteligencia universal.

Vemos allí al sensual sacerdote rodear, estre-

char, cercar con sutiles y capciosas redes a la vehemente novicia; y vemos a ésta, fogosa y entusiasta, vibrante de pasión, bella entonces por el resplandor del genio, abandonarse a aquellas conversaciones literarias, acaso más de una vez en la soledad de una estancia, o bajo los árboles del huerto, junto a las rosas de junio, en la dulzura crepuscular...

Y vemos ¿por qué no? cómo el sacerdote pervertido va transformándose poco a poco por la virtud de aquel mismo amor que siente por Teresa. No son los ídolos rotos los que salvan a ese gran pecador; es el encanto puro, noble, espiritual de aquella singular novicia el que acaba por transformar el amor del sacerdote, al principio grosero y torpísimo, al final depurado como una limpia simpatía.

La Santa dice que hubo un milagro de conversión. El sacerdote obsceno, que vivía maritalmente con una pervertida mujer y que llegó a insinuar torpes peticiones a la propia Santa, dice ésta que se arrepintió completamente por la gloriosa intercesión de la Virgen María. Pero el milagro, y hubo milagro de veras, no fué debido a la Virgen, sino a Teresa de Jesús. La cual

obró inconscientemente y no puso más que la santa castidad, alegre y franca, de su juvenil feminismo. Avergonzado primero, agradecido al perdón de la novicia después, aquel pecador fué curándose del mal de su liviandad con el antídoto más seguro: la pureza piadosa.

Era, no hay duda, Santa Teresa una mujer de fuerte vitalidad, no obstante su constitución enfermiza. Tenía la exuberancia vital de las personas vehementes y apasionadas. Sensible a las emociones, fácil al rubor, asomándose a los ojos su alma genial, Teresa de Jesús poseía seguramente una gran seducción.

Sus biógrafos contemporáneos confirman, en efecto, la existencia de una viva y atrayente seducción teresiana. Pero además de esa seducción confesable, ¿no sospecharemos que hubiese en ella incluso la otra seducción propiamente femenina, la seducción del sexo?... Ese sacerdote pecador, torpemente enamorado de la joven novicia, es el que nos invita a la sospecha.

Todavía pudiérase adelantar la sospecha de que Teresa de Jesús era una naturaleza amorosa. ¿Pero es que en la mayor parte de los místicos no se oculta un enamorado?...

SANTA TERESA DE JESÚS

Diríamos que la facultad de amor que hay en el místico, y que es con frecuencia excepcional, se desvía del sexo por una suerte de fenómenos íntimos e inefables y va, como un torrente encendido, hacia Jesús o la Virgen. Y estando, naturalmente, limpio este amor de todo sexualismo, sin embargo, parece como que absorbiera las esencias eróticas del ser apasionado, y sobre apasionado muy sensible y desbordante de ternura.

Tal vez Santa Teresa excede a los demás místicos en cuanto a ser una naturaleza amorosa. Pone en Jesús la enorme facultad de amor que hay en su temperamento, y le ama, verdaderamente, en una forma que casi puede llamarse voluptuosidad. Así es cómo su lenguaje llega a términos de una inspiración sublime cuando se deja llevar de su arrebato amoroso.

La índole de ese amor será siempre para nosotros un misterio; se hace inaccesible a nuestra comprensión. El alma se abandona a Dios, se hunde, se sume en Dios, y siente la celestial voluptuosidad de ser poseída y absorbida por el divino sujeto de su amor...

*Ya toda me entregué y di,
y de tal suerte he trocado,
que mi amado es para mí
y yo soy para mi Amado.*

Quando el dulce Cazador
me tiró y dejó rendida,
en los brazos del amor
mi alma quedó caída,
y cobrando nueva vida
de tal manera he trocado,
que mi amado es para mí
y yo soy para mi Amado.

Tiróme con una flecha
enarbolada de amor,
y mi alma quedó hecha
una con su criador;
ya yo no quiero otro amor,
pues a mi Dios me he entregado,
y mi amado es para mí
y yo soy para mi Amado.

XVI

LA MUERTE DE UNA SANTA

UNA vez, sin duda en un mal momento de frívola acritud, el Nuncio monseñor Segra hubo de llamar a Santa Teresa de Jesús *fémína inquieta* y *andariega*. Quitándole a la frase lo que tiene de sarcasmo, toda ella es exacta.

Inquieta, andariega, constantemente afanada en trabajos de organización, la monja Teresa de Ahumada conocía el duro arte de caminar, de trotar, sin que la fatiga y los achaques de su flaca salud le vencieran nunca. Inquieta por realizar las obras que su fe le exigía, anduvo, en efecto, por los caminos múltiples y peregrinó a lo largo de la ancha España. Conocía todos los atajos, cruzó todos los puertos, se asoció a todas las caravanas de trajinantes, y en el camino, por úl-

timo, le sorprendió la muerte. Fué apartada del camino moribunda, sin más tiempo que el indispensable para poder expirar en calma y en beata compostura. Como el buen soldado que cae en la refriega y lo apartan piadosamente a un extremo del campo.

Tiene derecho a descansar, y ella exige hasta el fin los mayores trabajos. A los sesenta y siete años se encuentra en el mismo plan de vida que en plena mocedad. Brazo a brazo, con pugna de mujer heroica, la anciana Teresa está discutiendo poco antes de morir y está pleiteando contra sus enemigos y contra la eterna estulticia humana. El ser vieja y el tener la sanción admirativa de sus contemporáneos, no le eximen de las más duras persecuciones. Una priora rebelde la expulsa de su propio convento. Otra priora, en Medina del Campo, le cierra el portal de la Santa Casa Carmelita, con lo que Teresa de Jesús, asistida por una compañera leal, tiene que emprender el viaje hacia Alba de Tormes.

Van de camino, y el sol hiere a las dos pobres monjas con su injuria. No llevan pan. En Peñaranda piensan comer, y se equivocan... Hambrientas, febriles, azuzadas por el ansia de llegar

y por el dolor de la estulticia humana, aquel trágico viaje es una página de indecible martirio. Caía la tarde, toda bermeja y profunda, sobre los otros silenciosos, cuando Teresa de Jesús, aquella mujer de estupenda energía moral, entraba en Alba de Tormes. Era su último esfuerzo. La muerte la estaba aguardando.

De esta misma manera, lo que es decir en pleno combate, caen todos los días infinitos luchadores. En Chicago como en Hamburgo se repite innumerablemente el ejemplo del ser afanado, ambicioso y exitista cuya existencia es una briosa tensión, una pugna formidable, que de repente se rompe en las fauces de la muerte. Pero esas vidas, que para el doctrinario del Progreso pueden parecer heroicas y dignas de un canto, a nosotros nos inspirarán por el momento muy escaso interés. El acto de morir es quizá lo que verdaderamente corona, explica y justifica una existencia. Esas vidas dinámicas se acaban, pues, por rompimiento, en un estallido y como una máquina que se quiebra.

La muerte beata; ¡ésa es la que nos preocupa! El morir no es un accidente casual, y uno no escoge la muerte que desea, ni se muere al ca-

pricho del azar, sino que la muerte es una consecuencia de la vida. De modo que durante nuestra vida no hacemos otra cosa que preparar *nuestra* muerte. El hipócrita y felón, por tanto, muere como lo que es, lo mismo que el cobarde muere cobardemente, y el sórdido con vileza, y el malvado entre terrores o blasfemias.

Pues bien: ninguna muerte fué jamás tan pura, tan dulce y tan valerosa como la de Santa Teresa de Jesús. El acto de morir estuvo en ella acorde con los actos de la vida, por lo mismo que era uno de esos seres extraordinarios y de selección en quienes todo resulta consciente, sincero, lógico.

¿Queréis asistir a una muerte *beata*? Pidamos al señor Yepes que nos hable:

«En toda aquella noche padeció grandes dolores, repitiendo de cuando en cuando sus versos acostumbrados; y a las siete de la mañana del día siguiente, que fué a los 4 de Octubre, se echó de un lado a la manera que pintan a la Magdalena, con un crucifijo en la mano, el rostro encendido, con grandísimo sosiego y quietud se quedó absorta en Dios, y enajenada con la novedad de lo que se le comenzaba a des-

SANTA TERESA DE JESUS

cubrir, y alegre con la posesión, que casi comenzaba ya a gozar, de lo que tenía deseado. Estuvo de esta manera sin mover pie ni mano por espacio de catorce horas, que fué hasta las nueve de la noche de aquel mismo día.»

Como esta relación de sucesos nos parecerá demasiado seca, busquemos una información más personal, más imaginativa y emocionada. La venerable Ana de San Bartolomé está ahí, todavía trémula por el sublime acto que ha visto. Enajenada, llena la mente de vislumbres visionarios, prorrumpie:

«Estándola yo teniendo en mis brazos, con esta ansia de vida, vino sobre ella una luz y majestad tan grande, que me divertí a mirarla, y dijéronme que venían por su alma, que s yo quería que se quedase.—Yo dije que no, aunque lo sentía... Expiró toda llena de gloria.»

Este libro no pretende ser otra cosa que un ensayo, y necesariamente de la tentación que al espíritu carísimo proponen estos dos temas, por milagro asociados en una misma extraordinaria personalidad: la mujer y el misticismo.

XVII

REFLEXIONES FINALES

LA tarea ha terminado. Y al momento en que es forzoso abandonar la pluma y poner el punto final a estas interpretaciones sobre la santa figura de Teresa de Jesús, una vaga turbación invade el ánimo. ¿Será que ha sabido uno comportarse como si dijéramos con caballerosidad intelectual a lo largo de estas interpretaciones, o, por el contrario, ha cometido error de grosería con la tal vez más interesante, complicada y genial mujer de España?...

Este libro no pretende ser otra cosa que un ensayo, y nació realmente de la tentación que al espíritu curioso proponen estos dos temas, por milagro asociados en una misma extraordinaria personalidad: la mujer y el misticismo.

El tema de la mujer será siempre tentador para el hombre, ya que en ella consideramos, aparte de otras seducciones, el interés inextinguible de un enigma nunca resuelto. La mujer es para nosotros la eterna duda, la impercedera fuente de encantos, y también la dramática interrogación que no halla respuesta definitiva. Sondar el alma o el corazón de la mujer ha sido para el hombre la gran tarea ineficaz, tan ineficaz como incitante, porque frente al sexo nos encontramos con lo trascendente diferencial, con la frontera que nos separa de otro país psicológico. País hacia el cual todos emprendemos trémulas exploraciones, unos a recoger la flor de las caricias santas, y otros a sumergirse en la tragedia más espantable.

El feminismo es una de las fuertes preocupaciones que nuestra época arrastra en su corriente. Y es ahora cuando tiene más interés y emoción el hacer revivir la *mujer histórica*, evocando esas imágenes femeninas que todo hombre conserva indelebles como verdaderas sustancias religiosas. Desde el concepto de madre, hasta la flor primaveral que con el nombre de novia nos ha saturado alguna vez de inefables

SANTA TERESA DE JESÚS

ensueños, las mujeres pesan, obran e influyen sobre nosotros, y positivamente estamos enlazados por los brazos, en cualquiera forma, de la mujer. El hombre más infame o infeliz se ha inmutado alguna vez siquiera frente al eterno femenino y a la voz de la madre, de la hermana, de la compañera.

Aquella Teresa de Jesús, flor de Castilla, vivió y hubo de actuar en tiempos de clara ordenación, cuando a un espíritu eminente y activo no se le proponen serias dudas sobre los caminos que puede seguir. La vida honrada y familiar, por una parte; cuando no esto, la vida ascética que conduce más directamente (según la fe de entonces) hacia el fin único de nuestra vida, o sea el conocimiento y la contemplación de Dios.

Desde aquellos días en que Santa Teresa se entregaba a una increíble actividad de escritora y fundadora, hasta el momento presente, la humanidad civilizada ha sufrido profundos cambios. Pero no es lo más importante que hayan conmovido a la humanidad terribles guerras, trágicas revoluciones, asombrosos inventos y mudanzas políticas y sociales; el cambio verdaderamente profundo es el que se refiere al sen-

timiento religioso. La persona del siglo xvi que ahora resucitase, antes de sorprenderse por la contemplación de tanta maravilla mecánica, asombraríase de ver que el hombre moderno vive en una sociedad en la que se ha extinguido casi el fuego, ya que no el culto, religioso. En la época de Santa Teresa giraba la sociedad en torno a la Religión; ahora la Religión es algo que queda al margen y está muy lejos del centro vital de la sociedad.

Muchas ideas, incontables sentimientos se hallan hoy en crisis. Es la hora, principios del siglo xx, en que de veras, y no antes como se creía, están resolviéndose y liquidándose las cuestiones que, iniciadas en el Renacimiento, adquirieron estructura revolucionaria a fines del xviii y en todo el xix.

El Cristianismo, y no sólo el Catolicismo, y mejor todavía la Religión, es lo que principalmente está en crisis en estos momentos. Durante la gran guerra europea se ha visto a la Religión, no sólo ausente, como si nada tuviera que hacer como entidad positiva, sino en actitud perpleja, turbada; una actitud de neutralismo embarazoso; la actitud, en fin, de lo que se siente

desorientado y desplazado. Y esta ausencia, esta actitud de perplejidad y de embarazo, este permanecer al margen porque no se le llama, porque no se necesita su intervención, es en el conflicto societario o sindicalista donde sobre todo se nota.

Después de la Revolución francesa y una vez que Napoleón fué destronado, el Cristianismo, pero especialmente el Catolicismo, recuperó su anterior ascendiente en la política y en las costumbres. El romanticismo acarrea un fondo considerable de sentimiento cristiano, y en realidad no fué más que una reacción, una vuelta al sentimiento de la Edad Media. Transcurrido cerca de un siglo, es ahora cuando el propósito anticristiano del siglo XVIII y de la Revolución adquiere efectividad.

En este momento puede decirse que el hombre civilizado vive en franco materialismo. La política de las naciones se desentiende en absoluto de la Religión. La Ciencia, la crítica filosófica y el mismo Arte, se desenvuelven a espaldas de toda creencia positiva. Y las reivindicaciones de la plebe no sólo omiten a la Iglesia cristiana, sino que la detestan y la combaten.

Llega, pues, el momento en que algunas interrogaciones, discutidas y mal contestadas en las controversias del siglo XIX, necesitan proponerse de nuevo, pero ahora con un carácter perentorio y decisivo.

¿Es o no es compatible la Religión de Jesús con el espíritu de la Ciencia y con el sentido de la filosofía socialista?... ¿Es armonizable el Cristianismo con el plan igualitario y sensual del Comunismo?... ¿Y con el plan científico experimental de «la lucha por la vida»?... ¿Y con el propósito de una vida intensa, fuerte, despiadada, jubilosa, de los adoradores del Progreso?...

Pero después de estas interrogaciones nos quedarán todavía otras dos, las más dramáticas de todas las preguntas que nos propongamos:

¿Es posible la existencia de una sociedad culta y noble, habiéndosele extraído el ideal religioso? (1).

¿Qué especie de vida puede ser la del hombre de mañana, libre de toda preocupación reli-

(1) El movimiento teósofo, que reúne hoy ciertos adeptos, hasta ahora no parece pasar de un simple, a veces ingenioso, a veces burdo, charlatanismo entre intelectuales.

SANTA TERESA DE JESÚS

giosa, lleno de fuerzas científicas y mecánicas, en un mundo que domina por entero y sabiendo que sólo dispone para sus enérgicas experiencias y sus apetitos de un plazo de cincuenta años?...

APÉNDICES

FIN

EJEMPLO DEL ESTILO LLANO EN SANTA TERESA

Que trata de cómo se han de descuidar de las necesidades corporales, y del bien de la pobreza. (Capítulo II de *Camino de Perfección*.)

Y no penseis, hermanas mías, que por eso os ha de faltar de comer. Yo os aseguro jamás por artificios humanos pretendais sustentaros, que morireis de hambre, y con razón. Los ojos en vuestro Esposo. El os ha de sustentar. Contento El, aunque no quieran, os darán de comer los menos vuestros devotos, como lo habeis visto por experiencia. Si haciendo vosotras esto murierdes de hambre, bienaventuradas las monjas de San Josef. Aquí os digo yo serán acetas vuestras oraciones, y haremos algo de lo que pretendemos. Esto no se os olvide, hijas mías, por amor del Señor. Pues dejais la renta, dejá el cuidado de la comida; si no todo va perdido. Los que quiere el Señor que la tengan, tengan en hora buena esos cuidados, que es mucha razón, que es su llamamiento; mas vosotras, hermanas, es disbarate: cuidado de rentas ajenas

me parece a mí que sería, estar pensando en lo que los otros gozan. Sí, que por vuestro cuidado no muda el otro su pensamiento, ni se le pone deseo de dar limosna. Dejé ese cuidado al que los puede mover a todos, al que es Señor de las rentas y de los renteros. Por su mandamiento venimos aquí; verdaderas son sus palabras: no pueden faltar, antes faltarán los cielos y la tierra. No le falteis vosotras, y no hayais miedo que falte; y si alguna vez faltare, será para mayor bien, como les faltaban las vidas a los Santos, y les cortaban las cabezas, y era para darlos más y hacerlos mártires. Buen truco sería acabar presto con todo, y gozar de la hartura perdurable. Mirá, hermanas, que va mucho en esto, muerta yo; que para eso os lo dejo escrito; que, con el favor de Dios, mientras viviere, yo os lo acordaré, que por experiencia veo la gran ganancia. Cuando menos hay, mas descuidada estoy; y sabe el Señor que a todo mi parecer, que me da más pena cuando nos dan mucho, que no cuando no hay nada. No sé si lo hace como ya tengo visto lo da luego el Señor. Sería engañar el mundo otra cosa hacernos pobres, y no lo ser de espíritu, sino en lo exterior. Conciencia se me haría. Parece me era hurtar lo que nos daban, a manera de decir, porque era pedir limosna los ricos. Y plega a Dios no sea así, que adonde hay estos cuidados demasiados (digo, hubiese) de que den una vez u otra se van por la costumbre, u podrian ir, y pedir la que no han menester, per ventura a quien tiene mas necesidad; y aunque El no puede perder, sino ganar, nosotras perderiamos. No plega a Dios, mis hijas; cuando esto hubiera de ser, mas quisiera tuviérades ren-

ta. En ninguna manera se ocupe en esto el pensamiento. Esto os pido yo por amor de Dios, en limosna: y la mas chiquita, cuando esto entendiese alguna vez en esta casa, clame a su Majestad, y acuérdele a la mayor: conhumildad le diga que va errada, y valo tanto, que poco a poco se irá perdiendo la verdadera pobreza. Yo espero en el Señor no será así, ni dejará a sus siervas, y para esto, pues me han mandado esto, aproveche este aviso de esta pecadorcilla de despertador. Y crean mis hijas que para su bien me ha dado el Señor a entender un poquito en los bienes que hay de la pobreza de espíritu; y vosotras, si advertís en ello, lo entenderéis, no tanto como yo, porque habia sido loca de espíritu, y no pobre, aunque habia hecho la profesión de serlo. Ello es un bien que todos los bienes del mundo encierra en sí, y creo muchos de los de todas las virtudes. En esto no me afirmo, porque no sé el valor que tiene cada una, y lo que no me parece entiendo bien, no lo diré, mas tengo para mí que abraza a muchas. Es un señorío grande, digo que es señorío de todos los bienes del mundo, quien no se le da nada de ellos. Y si dijese que se enseorea sobre todos los del mundo no mentiré. ¿Qué se me da a mí de los reyes ni señores, si no quiero sus rentas ni de tenerlos contentos?...

II

EJEMPLO DE ESTILO LEVANTADO (Exclamaciones)

Oh deleite mio, Señor de todo lo criado, y Dios mio! Hasta cuándo esperaré ver vuestra presencia? ¿Qué remedio dais a quien tan poco tiene en la tierra, para tener algun descanso fuera de Vos? Oh vida larga! ¡Oh vida penosal Oh vida que no se vive! ¡Oh qué sola soledad! Qué sin remedio! Pues cuándo, Señor, cuándo? Hasta cuándo? Qué haré, bien mio, qué haré? ¿Por ventura desearé no desearos? Oh mi Dios y mi Criador, que llagais y no poneis la medicina, herís y no se ve la llaga, matais dejando con más vida; en fin, Señor mio, haceis lo que quereis como poderoso. Pues, un gusano tan despreciado, mi Dios, ¿quereis sufra estas contrariedades? Sea ansi, mi Dios, pues Vos lo quereis, que yo no quiero sino quereros. ¡Mas ay, ay, Criador mio, que el dolor grande hace quejar, y decir lo que no tiene remedio, hasta que Vos querais! Y alma tan encarcelada desea su libertad, deseando no salir un punto de lo que Vos querais. Quered, gloria mia, que crezca su pena u remediadla del todo. ¡Oh muerte, muerte! No sé quien te teme, pues está en tí la vida! ¡Mas quién no temerá, habiendo gastado parte della en no amar a su Dios! Y pues soy esta, ¿qué pido y qué deseo? ¿Por ventura el castigo

tan bien merecido de mis culpas? No lo primitais Vos, bien mio, que os costó mucho mi rescate. Oh ánima mia! Deja hacerse la voluntad de tu Dios, eso te conviene: sirve, y espera en su misericordia, que remediará tu pena, cuando la penitencia de tus culpas haya ganado algún perdón dellas: no quieras gozar sin padecer. ¡Oh verdadero Señor y Rey mio, que aun para esto no soy, si no me favorece vuestra soberana mano y grandeza, que con esto todo lo podré!

III

Carta a Francisco de Salcedo, caballero de Avila.—Desde Valladolid a fines de setiembre de 1568.

Recomendando a San Juan de la Cruz.

JESÚS

Sea con vuestra merced. Gloria a Dios, que despues de siete, u ocho cartas, que no he podido excusar de negocios, me queda un poco para descansar de ellas en escribir estos renglones, para que vuestra merced entienda, que con los suyos recibo mucho consuelo. Y no piense es tiempo perdido escribirme, que lo he menester a ratos, a condicion, que no me diga tanto de que es viejo, que me da en todo mi seso pena; como si en la vida de los mozos hubiera alguna seguridad. Désela Dios, hasta que yo me muera, que después, por no estar allá sin él, he de procurar lo lleve nuestro Señor presto.

Hable vuestra merced a este padre, suplicóse-lo, y favorézcale en este negocio, que aunque es chico, entiendo es grande en los ojos de Dios. Cierto él nos ha de hacer acá harta falta, porque es cuerdo, y propio para nuestro modo, y así creo le ha llamado nuestro Señor para esto. No hay fraile que no diga bien de él, porque ha sido su vida de gran penitencia, aunque há poco tiempo. Mas parece le tiene el Señor de su mano, que aunque hemos tenido aquí algunas ocasiones en negocios, y yo, que soy la mesma ocasión, que me he enojado con él a ratos, jamás le hemos visto una imperfección. Animo lleva; mas como es solo há menester lo que nuestro Señor le da, para que lo tome tan a pechos. El dirá a vuestra merced cómo acá nos va.

No me pareció poco el encarecimiento de los seis ducados, mas harto más pudiera yo alargarme en dar, por ver a vuestra merced. Verdad es que merece mas precio, que ¿una monjilla pobre quién la ha de apreciar? Vuesa merced que puede dar aloja y obleas, rábanos, lechugas, que tiene un huerto, y sé es él el mozo para traer manzanas, algo más es de apreciar. La dicha aloja diz que la hay aquí muy buena; mas como no tengo a Francisco de Salcedo, no sabemos a qué sabe, ni lleva arte de saberlo. A Antonia digo escriba a vuestra merced, pues yo no puedo más largo: quédese con Dios. A mi señora doña Mencía beso las manos de su merced, y a la señora Ospedal.

Plega al Señor vaya adelante la mijoría de ese caballero desposado. No esté vuestra merced tan incrédulo, que todo lo puede la oración; y la sangre que tiene con vuestra merced podrá

mucho. Acá ayudaremos con nuestro cornadillo. Hágalo el Señor, como puede. Cierito que tengo por más incurable la enfermedad de la desposada. Todo lo puede remediar el Señor. A Mari-Díaz, a la flamenca, a doña Maria de Avila (que la quisiera harto escribir, que a buen siguro que no la olvido), suplico a vuesa merced diga, de que las vea, me encomienden a Dios, y eso del monesterio. Su majestad me guarde a vuestra merced muchos años, amén; que, ausadas sea dicho, si pasa este sin que yo torne a ver a vuesa merced, sigun da la priesa la Princesa de Ébuli.

Indina sierva, y verdadera de vuestra merced.—TERESA DE JESÚS, *carmelita*.

Torno a pedir en limosna a vuestra merced me hable a este padre, y aconseje lo que le pareciere, para su modo de vivir. Mucho me ha animado el espíritu que el Señor le ha dado, y la virtud, entre hartas ocasiones, para pensar llevamos buen principio. Tiene harta oracion y buen entendimiento: llévelo el Señor adelante.

IV

Etopeyas de SANTA TERESA, por el padre doctor Francisco de Ribera y el padre Gracián.

•Era de muy buena estatura, y en su mocedad hermosa; y aun despues de vieja parecia harto bien; el cuerpo abultado y muy blanco; el rostro

redondo y lleno, de muy buen tamaño y proporción, la color blanca y encarnada; y cuando estaba en oracion se le encendia, y se ponía hermosísima, todo él limpio y apacible; el cabello negro y crespo, y frente ancha, igual y hermosa; las cejas de un color rubio que tiraba algo a negro, grandes y algo gruesas, no muy en arco, sino algo llenas; los ojos negros y redondos, y un poco papujados (que así los llaman), y no sé cómo mejor declararme: no grandes, pero muy bien puestos, vivos y graciosos, que, en riéndose, se reían todos y mostraban alegría, y por otra parte muy graves cuando ella quería mostrar en el rostro gravedad; la nariz pequeña y no muy levantada de enmedio; tenía la punta redonda y un poco inclinada para abajo; las ventanas de ellas arqueadas y pequeñas: la boca ni grande ni pequeña; el labio de arriba delgado y derecho; el de abajo grueso y un poco caído, de muy buena gracia y color; los dientes muy buenos; la barba bien hecha; las orejas ni chicas ni grandes; la garganta ancha y no alta, sino antes metida un poco; las manos pequeñas y muy lindas. En la cara tenía tres lunares pequeños, al lado izquierdo, que la daban mucha gracia: uno mas abajo de la mitad de la nariz; otro entre la nariz y la boca; y el tercero debajo de la boca. Estas particularidades he yo sabido de personas que más despacio que yo se pusieron muchas veces a mirarlas. Toda junta parecía muy bien y de muy buen aire en el andar; y era tan amable y apacible, que a todas las personas que la miraban comunmente aplacia mucho: sacóse estando ella viva un retrato bien porque la mandó su Provincial, que era el padre maestro

fray Jerónimo Gracian, que se dejase retratar; y sacóle un fraile lego de su Orden, siervo de Dios, que se llamaba fray Juan de la Miseria. En esto lo hizo muy bien el padre Gracian; pero mal en no buscar para ello el mejor pintor que habia en España, para retratar a persona tan ilustre más para consuelo de muchos. De este se han sacado los que hay buenos o razonables.»

«Nuestra Beata TERESA — escribe el padre Gracián— no fué en su tiempo fea de rostro; que aunque algunos retratos suyos que andan por ahí no muestran mucha hermosura, es porque se retrató siendo ya de sesenta años. Y yo, por mortificarla (siendo su prelado), mandé que la retratase un fraile lego, llamado fray Juan de la Miseria, que en el claustro del convento de monjas de Sevilla estaba haciendo ciertas pinturas, y no era muy buen pintor; que de otra manera no hubiera retrato suyo, ni ella ni yo consintiéramos la retratára nadie. Tenía hermosísima condición, tan apreciable y agradable, que a todos los que la comunicaban, y trataban con ella, llevaba tras sí, y la amaban y querían, aborreciendo ella las condiciones ásperas y desagradables que suelen tener algunos santos, creídos con que se hacen a sí mismos y a la perfeccion aborrecibles. Era hermosa en el alma, que la tenía hermoseedada con las diez virtudes heroicas, partes y caminos de la perfeccion que decíamos.»

à los que pretenden caminar por el camino del espíritu y oración, hay gran testimonio, porque siempre se informa de los hombres más señalados que hallaba, especialmente de la Orden de Santo Domingo. Y me dijo a mi algunas veces, que se le rogaba más el espíritu cuando consultaba

V

Declaración del padre maestro fray Domingo Báñez, en las informaciones para la beatificación de Santa Teresa; hecha en Salamanca, año 1591.

Al tercer artículo digo, que ninguno puede saber mejor que yo los particulares favores y mercedes, que nuestro Señor hizo á la madre TERESA DE JESÚS, por cuanto la confesé muchos años y examiné en confesion y fuera de ella, é hice della grandes experiencias, mostrándome áspero y muy riguroso con ella, y cuanto más la humillaba y menospreciaba, tanto más se aficionaba á tomar consejo conmigo, pareciéndole que tanto más segura iba ella, cuanto más miedo tenia á su confesor, al cual tenia por hombre de letras, por ser yo entonces Presentado en mi Orden y Lector de Teología en Santo Tomás de Avila. Y después que me vió un poco más seguro, me dijo:—Por amor de Dios, padre, que no esté tan sin miedo, que me le hace tomar a mí de nuevo: mire que no querria engañarle.—Y verdaderamente, quanto á esta parte de vivir la madre TERESA DE JESUS con grandísimo recato de los engaños del diablo y de los lazos que pone á los que pretenden caminar por el camino del espíritu y oración, hay gran testimonio, porque siempre se informó de los hombres más letrados que hallaba, especialmente de la Orden de Santo Domingo. Y me dijo a mí algunas veces, que se le sosegaba más el espíritu cuando consultaba

algún gran letrado, que no era hombre de mucha oración y espíritu, sino muy puesto en razón y ley; porque le parecía que los hombres espirituales, con su bondad y afición que tienen á los que tratan de espíritu y oración, son más fáciles de engañar que los otros, que, con una discrecion ordinaria, juzgan las cosas segun razón y ley, y questa tal era la más segura prueba del verdadero espíritu. Y tengo por cierto que una de las causas por que perseveró tanto conmigo informándose de mí, era por verme tan puesto en la ley, en el discurso de la razón, como hombre criado toda mi vida en leer y disputar. Y en esta parte hay tantas particularidades, que, si no fuese haciendo un nuevo libro, no se pueden decir por via de testimonio ordinario, y podrá ser que siendo necesario, haga yo algun tratado donde se pueda entender por cuán cierto camino fué la madre TERESA DE JESÚS, muy al contrario de los espíritus burladores que en nuestros tiempos se han descubierto.

Item digo: que en la primera fundación tuvo grandes contradicciones, así de toda la ciudad como de las religiones, y entonces sólo á mí me tuvo de su parte, sin haberla hasta entonces conocido ni visto, sino solamente por ver que ella no habia errado ni en la intencion ni en los medios en fundar aquel monesterio, pues lo habiaejecutado por orden de la Sede Apostólica.

Item: sé que todos los monesterios, que ha fundado, han sido con licencia de los generales y perlados de su Orden, especialmente con la del padre fray Juan Baptista Rubeo, que vino allí á Avila, y mandó que hiciese la dicha madre

TERESA DE JESÚS tantos monesterios, como pe-
 los tenia en la cabeza.

Item digo: que yendo á fundar los moneste-
 rios, iba siempre acompañada con dos compañe-
 ras, por lo menos, con una de mucha autoridad, y
 con sacerdotes de notoria virtud y edad compe-
 tente, y á veces con algún padre carmelita, que
 por devoción de la dicha Madre, con licencia
 del General, dejó el hábito del paño y tomó el de
 sayal, hombre de gran penitencia y ejemplo, lla-
 mado primero fray Antonio de Heredia, y des-
 pues fray Antonio de Jesús.

Item digo: que en todo el tiempo que la traté
 jamás ví en ella cosa contraria á virtud, sino la
 mayor sencillez y humildad, que jamás ví en otra
 persona, y que en todo ejercicio de virtud, así
 natural como sobrenatural, era singularísimo
 ejemplo a todos los que la trataban, y que su
 oración y mortificación fué cosa rara, como lo
 podrán decir todas las religiosas, que en particu-
 lar la trataron. Fué animosa para emprender cosas
 grandes, para más servir á Dios, como por la ex-
 periencia de las fundaciones se echa bien de ver.
 Era mucha la confianza que tenia de la provi-
 dencia de Dios, poniendo ella los medios que
 Dios le mandaba. Fiaba mucho de la intercesión
 de los santos, especialmente de San Josef y de
 Santo Domingo, del cual me dijo que se le habia
 aparecido en la oración y dichole que se esfor-
 zase, que él le ayudaria, y después de algunos
 años vi por experiencia lo que el santo le pro-
 metió por ministerio de sus hijos: porque un
 maestro llamado fray Pedro Fernandez, provin-
 cial de la provincia de España, de la Orden de
 Santo Domingo, hombre de gran vida y peniten-

cia, vino á ser visitador de toda la Orden del Carmen, y en particular ayudó á los Descalzos y Descalzas en España, y ayudó en particular á la madre TERESA DE JESUS, y siendo hombre muy legal y recatadísimo de falsos espíritus, tratando á la dicha TERESA DE JESUS, á quien, con más miedo que yo, comenzó á examinar, y al fin se venció y me dijo que al fin TERESA DE JESUS era mujer de bien, que en boca del dicho maestro era gran encarecimiento. Y más dijo: que la dicha TERESA DE JESUS y sus monjas habían dado á entender al mundo ser posible que mujeres puedan seguir la perfección evangélica. Otro maestro de la dicha Orden de Santo Domingo, que también fué provincial, me dijo una vez, quién es una TERESA DE JESUS, que me dicen que es mucho vuestra; no hay que confiar en virtud de mujeres. Yo le respondí: vuestra paternidad va á Toledo y la verá y experimentará que es razón de tenerla en mucho. Y así fué que estando en Toledo una Cuaresma entera la comenzó á tratar y examinar, y con ser hombre, que predicaba casi cada día, la iba á confesar casi todos los días, e hizo della grandes experiencias. Y después encontrándole yo en otra ocasión le dije:— ¿Qué le parece á vuestra paternidad de TERESA DE JESÚS? — Respondióme diciendo:— Oh! oh! habiadesme engañado, que decíades que era mujer; a la fee, no es sino hombre varón, y de los muy barbados,— dando á entender en esto su gran constancia y discreción en el gobierno de su persona y de sus monjas.

Item digo: que en cuanto á sus libros, del uno dellos puedo decir que es donde ella escribió su vida y el discurso de la oración, por donde Dios

la había llevado, pretendiendo en esto que sus confesores la conociesen y enseñasen, y juntamente aficionar a la virtud a los que leyesen las misericordias de Dios, que con ella había usado, siendo tan gran pecadora como ella confiesa con mucha humildad. Este libro ya le tenía escrito cuando yo la comencé a tratar, y le hizo con licencia de sus confesores, que antes había tenido, como fué un presentado dominico, llamado reverendo padre Ibañez, Lector de Teología de Avila: después tornó a añadir y reformar el dicho libro, el cual libro yo llevé al Santo Oficio de la Inquisicion en Madrid, y después me lo volvió el inquisidor don Francisco de Soto y Salazar para que lo tornase a ver y dijese mi parecer, y le torné a ver; y al cabo del libro, en algunas fojas blancas, dije mi parecer y censura, como se hallará en el original, escrito de mano de la misma madre TERESA DE JESÚS, por el cual dicen se ha impreso el que anda en público, y me holgara harto se imprimiera mi censura, para que se entendiera con cuánto recato se debe proceder en santificar a los vivos. La censura fué, en sustancia, que por el dicho libro constaba que la dicha TERESA DE JESÚS, aunque fuese engañada, no era engañadora; pues tan de veras buscaba luz y manifestaba sus males y sus bienes. Lo segundo, que dije, fué que no convenía que andase en público este libro mientras ella viviese; mas que se guardase en el Santo Oficio, hasta ver en qué paraba esta mujer, y que contra mi voluntad se hicieron algunos traslados del dicho libro por haber venido a manos del obispo don Alvaro de Mendoza, que, como poderoso y perlado, que había

sido de la dicha TERESA DE JESUS, le pudo hacer trasladar y dar a su hermana doña María de Mendoza, y así algunos hombres curiosos en cosas espirituales, que hubieron algunos de estos traslados a las manos, los trasladaron de nuevo, y uno dellos tiene la duquesa de Alba doña María Enriquez, y creo que vino a manos de su nuera doña María de Toledo; todo esto tan contra mi voluntad, que me enojé con la dicha TERESA DE JESÚS, aunque entendia que no tenia ella la culpa, sino de quien ella se habia confiado; y diciéndole yo que queria quemar el original porque no convenia que escritos de mujeres anduviesen en público, me respondió ella, que lo mirase bien y lo quemase si me pareciese, en lo cual conocí su gran rendimiento y humildad, y lo miré con atención, y no me atreví a quemarle, sino remitile, como dicho tengo, al Santo Oficio, de donde resultó que después de su muerte se ha impreso, aunque no deja de tener contradicciones de algunas gentes, que con buen celo y poca experiencia de la vida espiritual, calumnian algunas cosas que no entienden; pero a otras muchas personas doctas y vulgares les ha parecido muy bien y les hace gran provecho.

Item: digo que sé por relación del maestro fray Pedro Fernandez, provincial dominico, que se halló presente en una consulta que hubo en Medina, sobre aquella fundación, con los regidores de la villa y algunos religiosos, en la cual junta, un religioso de cierta Orden, hombre de autoridad y predicador, dijo mucho mal de la dicha TERESA DE JESUS, comparándola a Magdalena de la Cruz, una burladora que hubo en

tiempos pasados en Córdoba, quizá con algún celo, de que Dios dará cuenta. El dicho maestro fray Pedro Fernandez entonces respondió que tenia por buena mujer a la dicha TERESA DE JESUS, y que se iria de la junta si de aquello se trataba. Después no faltó quien le dijo a la dicha TERESA DE JESUS lo que habia pasado en Medina, y la contradición de aquél, estando ella en Alba, tratando de fundar aquel monesterio, en casa de una hermana suya llamada doña Juana de Ahumada, con otras religiosas que la acompañaban, y respondió:—¡Ay pecadora de mí, que no me conocen; que si me conociera ese, pues, otros mayores males pudiera decir de mí, aunque no de ser burladora!—Y lo encomendaba a Dios muy en particular, que esta era la ganancia que sacaban todos los que della mormuraban, que no tuvo jamás otra venganza sino humillarse y rogar a Dios por los que la perseguian. En esta misma ocasión, pasando la dicha TERESA DE JESUS de un aposento a otro, se dió un grandísimo golpe en la frente en el quicio de la puerta, de suerte que sonó el golpe lejos; y levantándose su hermana a socorrerla, la halló riendo y diciendo:—¡Ay hermana, que esto me digan a mí que es trabajo, que sé donde me duele, que esotro que decian no sé dónde me dan!

Item digo: que habiendo llevado su cuerpo a Avila despues de tres años, poco más o menos, estaba entero, salvo un poco maltratado el pico de la nariz, y la conocí como si estuviera viva; y con mi propia manó toqué en la planta de un pié y se hundió la carne y se tornó a levantar, como si estuviera viva, y que el olor de todo el

cuerpo era bueno, pero vehemente, que encendía el cerebro de los que cerca estaban, y que desde lejos era más suave el dicho olor, y que por la parte del hombro por donde habían cortado el brazo, que había quedado en Alba, estaba tan fresca la carne, y el unto a par de ella, como pudiera estar de una persona, que de repente hubieran cortado un brazo.

VI

Declaración de la venerable Ana de San Bartolomé, acerca de la muerte de SANTA TERESA.

Estándola yo teniendo en mis brazos, con esta ansia de su vida, vino sobre ella una luz y majestad tan grande, que me divertí a mirarla, y dijéronme que venían por su alma, que si yo quería que se quedase. Yo dije que no, aunque lo sentía.

Espiró toda llena de gloria.

MUERTE DE SANTA TERESA

El señor Yepes describela en estos términos: «Pidió el Sacramento de la Extremaunción con que el alma se acaba de fortalecer y dar un baño en la sangre del Cordero, para con más libertad juntarse con Él y gozarle enteramente. Recibió este Sacramento con gran reverencia, a las nueve de la noche, el mismo día que era vis-

pera de San Francisco; mientras le ungián su cuerpo en la forma que la Iglesia tiene de costumbre, ella ayudaba a decir los Salmos, y respondía a las oraciones y preces, que allí se dicen.

En recibiendo este beneficio (que eslo muy grande para aquella hora), volvió a dar gracias de nuevo a Nuestro Señor, porque la habia hecho hija de la Iglesia, casi con las mismas palabras y gozo que antes: llegóse entonces el padre vicario Provincial, y preguntóle, que si Dios le llevaba de esta enfermedad, si gustaria llevasen su cuerpo a Avila, o se quedase en Alba. A esto respondió como que le daba pesadumbre aquella pregunta, y dijo: «Tengo yo de tener cosa propia? ¿Aquí no me darán un poco de tierra?» Mostrando entonces la que siempre habia sido maestra de la pobreza: cuán desapropiada y desasida estaba de todo en aquella hora. En toda aquella noche padeció grandes dolores, repitiendo de cuando en cuando sus versos acostumbrados; y a las siete de la mañana del día siguiente (que fué a los 4 de octubre) se echó de un lado a la manera que pintan a la Magdalena, con un crucifijo en la mano (que tuvo siempre en la mano, hasta que le quitaron para enterrarla), el rostro encendido, con grandísimo sosiego y quietud se quedó absorta toda en Dios, y enajenada con la novedad de lo que se le comenzaba a descubrir, y alegre con la posesión, que casi comenzaba ya a gozar, de lo que tenia deseado. Estuvo de esta manera sin mover pie ni mano por espacio de catorce horas, que fué hasta las nueve de la noche de aquel mismo día.»

TERCERA PARTE

LA ESCRITORA

VIII.—El tono de la voz.....	7
IX.—El estilo de Santa Teresa.....	23
X.—Las tendencias en el Renacimiento.....	103

CUARTA PARTE

INDICE

LA SANTA

XI.—La indispensable composición.....	123
XII.—Las verdades esenciales.....	131
XIII.—El estilo divino.....	141
XIV.—La caridad.....	153
XV.—El misterio del amor.....	163
XVI.—La nueva.....	173
XVII.—Reflexiones finales.....	181
APÉNDICES.....	189

Páginas.

PRIMERA PARTE

LA INFANCIA DE TERESA

I.—Las torres al crepúsculo.....	9
II.—Una infancia.....	17
III.—Retratos de familia.....	27
IV.—Los hermanos de Santa Teresa.....	35
V.—Juegos y quimeras.....	45

SEGUNDA PARTE

LA MUJER

VI.—Los pecados de una Santa.....	53
VII.—La gracia teresiana.....	65

TERCERA PARTE

LA ESCRITORA

VIII.—El tono de la raza.....	7
IX.—El estilo de Santa Teresa.....	95
X.—Las tendencias en el Renacimiento.....	109

CUARTA PARTE

LA SANTA

XI.—La indispensable compostura.....	123
XII.—Las verdades electivas.....	131
XIII.—El éxtasis divino....	141
XIV.—La caridad.....	153
XV.—El misterio del amor.....	165
XVI.—La muerte de una Santa.....	175
XVII.—Reflexiones finales....	181
APÉNDICES.....	189

OBRAS DE JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA

PUBLICACIÓN EXCLUSIVA DE LA

LIBRERÍA Y EDITORIAL RIVADENEYRA

Santa Teresa de Jesús. 2.^a edición.

Guerra de mujeres. 2.^a edición.

Alma vasca. 2.^a edición.

El Rey Nicéforo.

EN PRENSA Y EN PREPARACIÓN:

Diálogos de la montaña.

Los paladines inspirados.

La Virgen de Aranzazu (novela). 2.^a edición.

Espíritu ambulante. 2.^a edición.

Vieja España (con un prólogo de Pérez Galdós). 2.^a edición.

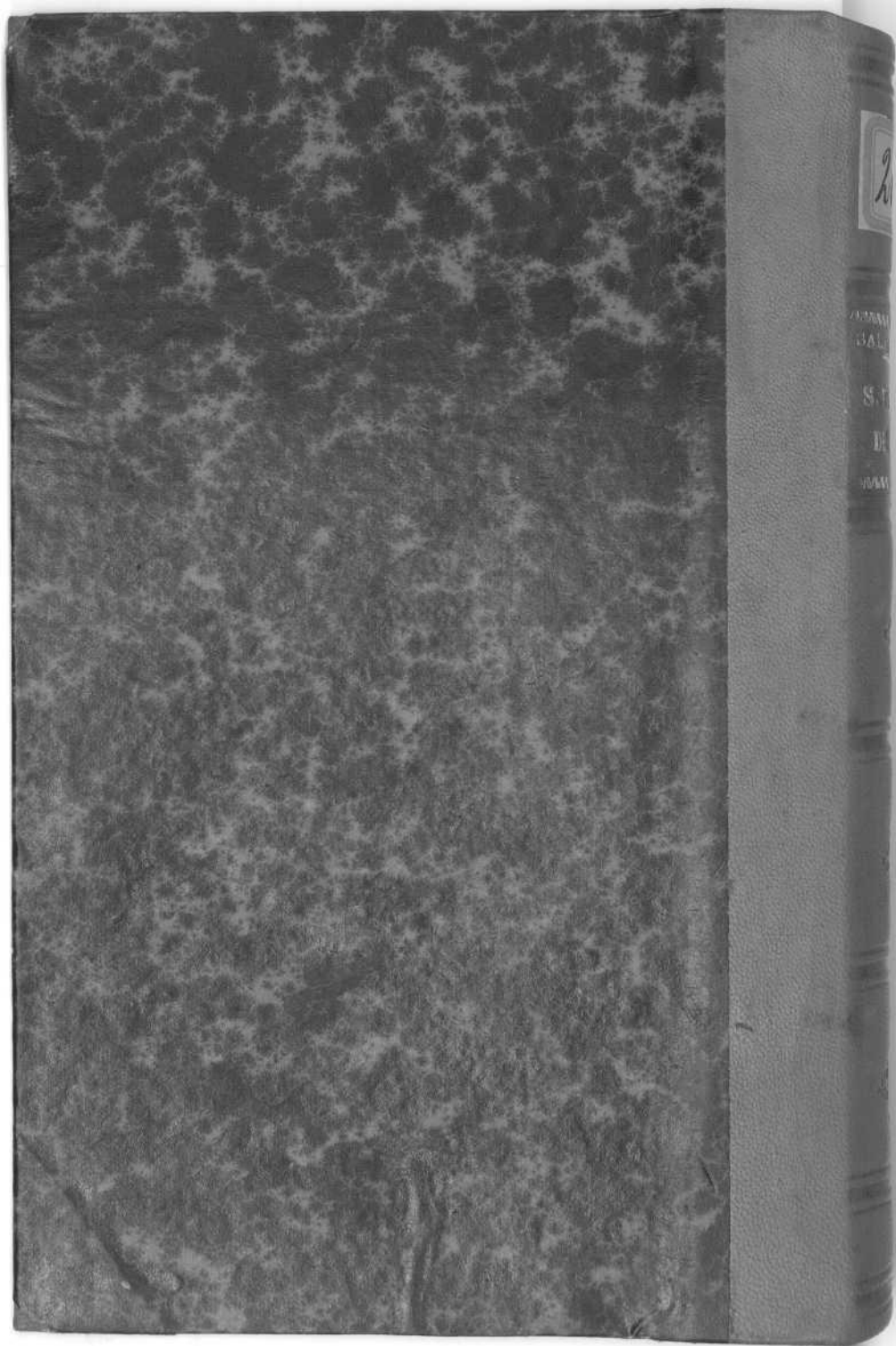
MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús.

Número.....	2131	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	117	Precio de adquisición. »
Tabla.....	2	Valoración actual.....	»



2131.

LIBRARY
SALA VERBA

S. TERESA
DE JESUS

LIBRARY

